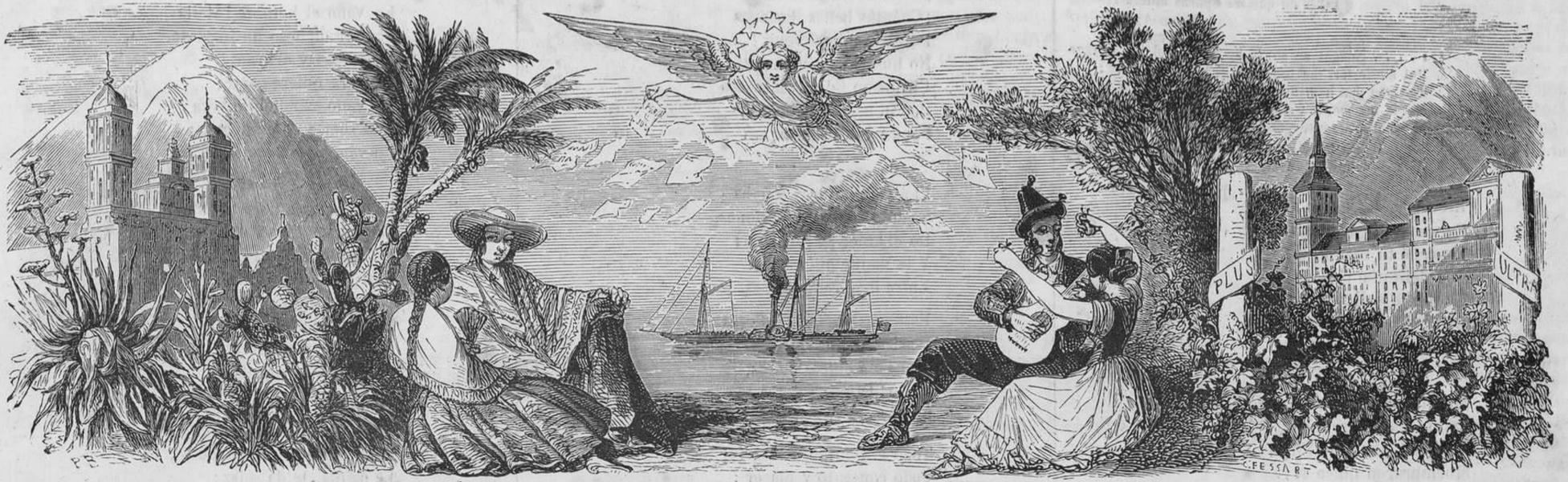


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administración general, calle del faubourg Montmartre, n.º 10, en Paris.

Año 14. — N.º 106.

## SUMARIO.

Llegada á Tolon de los restos del general de Lourmel; grabado. — Recuerdos de un baile — Ayes del corazón — Revista de Paris. — Fundición de cañones de S. Gervais; grabados. — Lo que se ve y lo que no se ve. — Sebastopol; grabados. — La hija del capitán. — Correspondencia del teatro de la guerra; grabados. — Enrique II en el molino de Mansfield. — Un baile de máscaras. — Reloj que indica las horas en las principales ciudades del globo, con relación al meridiano de Paris.

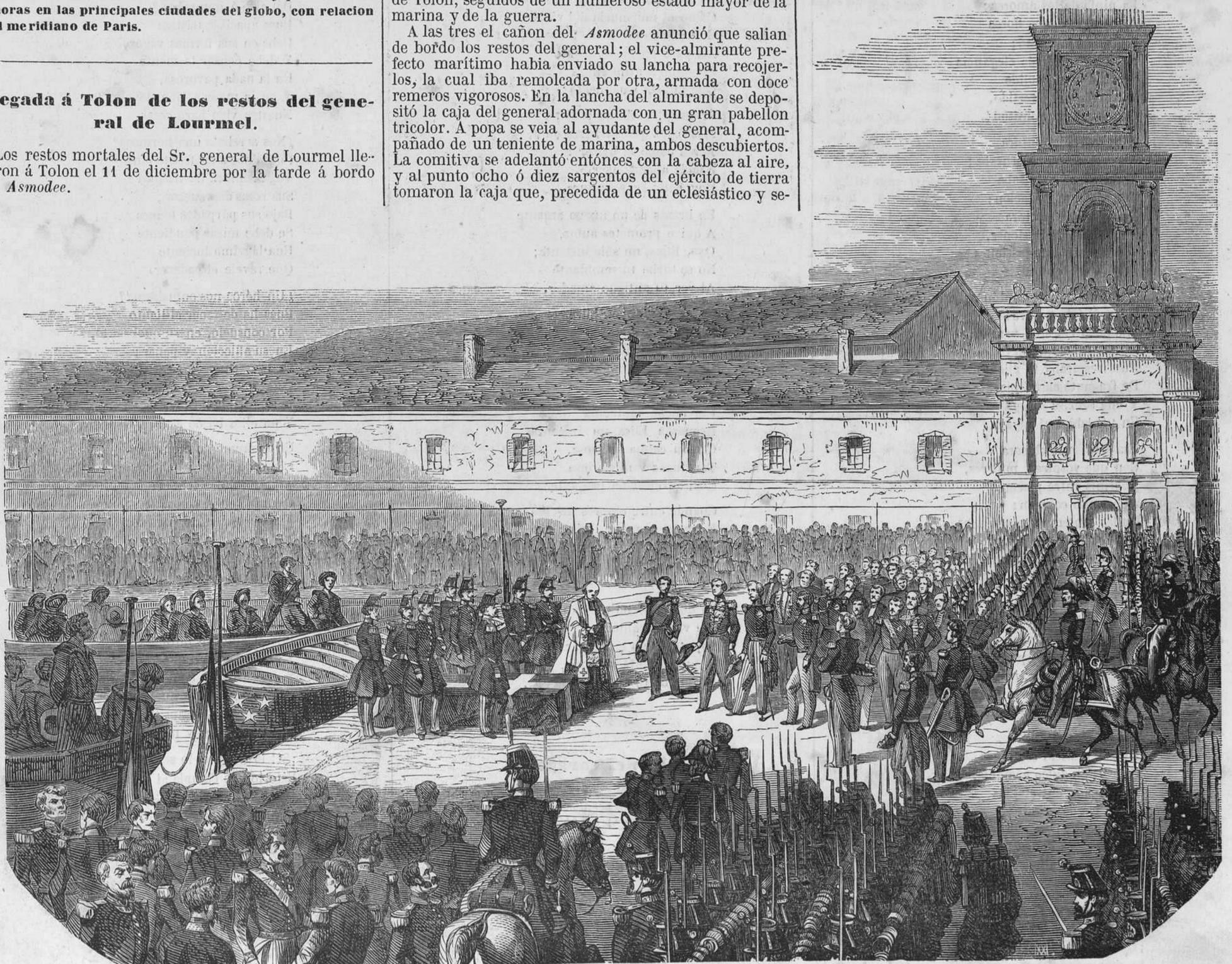
## Llegada á Tolon de los restos del general de Lourmel.

Los restos mortales del Sr. general de Lourmel llegaron á Tolon el 11 de diciembre por la tarde á bordo del *Asmodee*.

En la siguiente mañana dos batallones de línea fueron al arsenal marítimo para rendir los últimos honores á los despojos de ese valiente militar, que sucumbió delante de Sebastopol en la batalla del 5 de noviembre. A aquella hora estaban ya reunidos en la plaza del Reloj, el Sr. almirante prefecto marítimo, Dubourdieu; el Sr. contra-almirante, mayor general de la marina, Jacquinet, el Sr. mariscal de campo Augemont, que manda el departamento del Sur, y el Sr. sub-prefecto de Tolon, seguidos de un numeroso estado mayor de la marina y de la guerra.

A las tres el cañon del *Asmodee* anunció que salían de bordo los restos del general; el vice-almirante prefecto marítimo habia enviado su lancha para recogerlos, la cual iba remolcada por otra, armada con doce remeros vigorosos. En la lancha del almirante se depositó la caja del general adornada con un gran pabellon tricolor. A popa se veia al ayudante del general, acompañado de un teniente de marina, ambos descubiertos. La comitiva se adelantó entónces con la cabeza al aire, y al punto ocho ó diez sargentos del ejército de tierra tomaron la caja que, precedida de un eclesiástico y se-

guida de la comitiva, fué depositada en la sala de los bomberos de la marina, donde se habia improvisado una especie de trofeo adornado con banderas para recibir el féretro. Los bomberos con el uniforme de gala y sable en mano, fueron colocados en línea á los lados de la caja mientras otros se colocaban de centinela á la puerta.



Recibimiento hecho en Tolon, el 11 de diciembre de 1854 á los restos del general de Lourmel, muerto delante de Sebastopol.

**Recuerdos de un baile.**

Á ELISA EN EL PIANO.

La música, en ciertos casos, es un libro de historia. Una aria, un vals, abren á una imaginación juvenil mil páginas en que lee épocas enteras.

CAMPO-ALANJE.

... Nought so stockish, hard, and full of rage  
But music fort the time doth change his nature:  
The man that hath no music in himself,  
Nor is not mov'd with concord of swe sounds,  
Is fit for treasours, stratagems, and spoils.

SHAKSPEARE. — *The Merchant of Venice*,  
Act. V, scene 1.

Recuerda, Elisa, esa noche  
En que lleno de ventura  
Estreché tu mano pura  
Con delirante pasión;  
En medio de los acordes  
De templados instrumentos,  
Escuchaste los acentos  
Que exhaló mi corazón.

Mi pura promesa oíste  
Con seductora sonrisa;  
Y tus labios, bella Elisa,  
Murmuraron dulce sí;  
Esa mágica palabra,  
Armoniosa, seductora,  
El amor que me devora  
Encendió con frenesí.

¡Quién pudo ser insensible  
A tus gracias y hermosura,  
Ni á esa cándida dulzura  
Con que animabas tu faz!...  
¡Elisa! ¡cuántos tesoros  
Tu pecho joven guardaba!  
¡Tesoros que mi alma amaba  
Como á su dicha y su paz!...

Eras la reina del baile,  
La ninfa de los amores:  
A tus piés regaba flores  
La lucida juventud;  
¡Con qué gallarda elegancia  
Sacabas tu pié pulido  
Al través de tu vestido,  
Con graciosa prontitud!

A tu mórbida cintura  
Yo con mi mano cruzaba;  
Y mi pecho palpitaba  
Con violenta agitacion;  
Tu mirada seductora  
Me llenaba de ilusiones,  
Y entre doradas prisiones  
Estaba mi corazón.

Oh! ¡qué feliz era entonces,  
Elisa divina y pura!  
¡De cuán celestial ventura  
El alma pudo gozar!  
Pues respiraba tu aliento  
De fragante clavellina,  
Y una sonrisa divina  
En tus labios ví vagar...

Esa sonrisa hechicera  
Con que vosotras, mujeres,  
Adormís entre placeres  
Al amante corazón;  
Tu faz contemplaba entonces  
Tan lozana y tan divina,  
Cual la que el alma imagina  
Entre dorada ilusión.

Al través de gasa tenue  
La vista inquieta vagaba,  
Y curiosa desvelaba  
Del pecho el fino perfil;  
De ese pecho que, agitado,  
Mostraba en su movimiento  
El inocente contento  
Y la gracia juvenil.

Al son musical seguimos  
Un vals de dulce armonía,  
Y mi mano entretegia  
A la tuya de jazmín;  
Cruzábamos la ancha sala  
Embriagados de contento,  
Cual sobre el ala del viento,  
O de blanco serafín.

Y recuerda, bella Elisa,  
En instantes tan risueños,  
¡Cuántos dorados ensueños  
La mente inquieta forjó!

Sueños de amor que llevaban  
Nuestras almas, presurosas,  
Por regiones misteriosas,  
Que el Genio de amor formó.

En noche tan hechicera,  
¡Cuántas mágicas visiones!  
¡Cuántas bellas ilusiones  
Doraban mi porvenir!...  
No hubiera trocado entonces  
El mismo Eden venturoso  
Por tu acento delicioso,  
Por tu dulce sonreír ....

El alma entonces soñaba  
En un mundo de ilusiones,  
Do el amor se reflejaba;  
Y la mente allí vagaba  
Entre mágicas visiones.

Entonces por entre flores  
Deslizábase la vida,  
Llena de dulces olores,  
De bellísimos colores  
Su carrera revestida.

Todo era entonces alegría,  
Todo contento y placer:  
La natura sonreía,  
La vida era poesía  
¡Mi horóscopo una mujer!

Mas pasó tanta ventura  
Cual un rápido sonido;  
Cual resplandor que fulgura  
En mitad de noche oscura,  
Entre las sombras perdido.

En tu pecho ya no existe  
La deliciosa pasión  
Que entonces me prometiste,  
Con la cual un tiempo hiciste  
Mi mas brillante ilusión.

Cómo el murmurio del viento,  
Como el ruido de un torrente,  
Así pasó en un momento  
Ese vano sentimiento,  
Que juraste vanamente;

Promesa, al fin de mujer:  
Mas fugaz que su hermosura,  
Aérea como el placer:  
Nacida apenas ayer,  
Hoy halló su sepultura...

En brazos de un nuevo amante  
A quien prometes amor,  
Oye, Elisa, un solo instante;  
No se turbe tu semblante  
Al ver tu antiguo amador.

No te pido amor, Elisa,  
Ni reclamo tu promesa;  
Que esa mentida sonrisa  
De tus labios, indecisa  
A mi alma ya no embelesa.

Esa noche venturosa  
Recuerda, Elisa, un instante,  
Con su calma deliciosa,  
Tan fugaz y misteriosa  
Cual un ensueño brillante;

Cuando entre amores mecido  
Estreché tu mano, Elisa;  
Y entre ilusiones perdido,  
Y entre goces adormido  
Bebí tu dulce sonrisa...

Ya que el piano murmura  
Ese vals encantador,  
Bajo tu mano tan pura;  
Recuerda tanta ventura,  
¡Recuerda tu antiguo amor!...

J. M. TORRES CAICEDO.

**Ayes del corazón.**

¡Las lágrimas! ese es el riego de  
nuestra alma!; ese el rocío del cielo!...  
¡ese el bálsamo del infeliz!...

ROCA DE TOGORES.

El dolor es una estatua muda y  
horosa, que desde la cuna vemos puesta  
de pié delante de nosotros.

DONOSO CORRÉS. *Ensayo sobre el  
Catolicismo.*

Llorar sin fin ni descanso,  
Llorar la quietud perdida,

Tal es del hombre la vida,  
La misión que recibió;  
¡Llorar, padecer martirios  
Es el encanto del mundo!  
¡Desgracia, penar profundo  
La gala que se le dió!...

En vano el hombre batalla  
Por ser dichoso un instante,  
Y afanoso y delirante  
Ventura quiere gozar;  
En vano, cándido, invoca  
A la suerte en su agonía;  
En vano... pues noche y día  
Para él serán de penar!...

Que nuestra alma desterrada  
Tendrá tan solo amargura,  
Pues solo la tumba oscura  
Paz y ventura dará;  
Paz y ventura... que existe  
En el espacio extendida,  
Otra región bendecida  
Donde el alma gozará...

Solo en el llanto y tristeza  
Halla el hombre su consuelo,  
Y una lágrima en su duelo,  
Le calma, le da solaz;  
Tal es del hombre el destino: —  
Halla en el placer vacío;  
El deleite le da hastío,  
Sin contentarlo jamás.

En la mayor alegría  
Con que el mundo nos engaña,  
Si tristeza no acompaña,  
No gozamos de placer;  
Un sarao, fiesta ó baile  
¿Se quiere tenga belleza?  
Sin un tinte de tristeza,  
Belleza no puede haber.

¿Se admira un hermoso cuadro  
Del arte ó naturaleza?  
Pues apacible tristeza  
Debe en sus formas vagar,  
Y debe pensar la mente  
En la nada pavorosa,  
Y en la muerte, que alevosa;  
Nuestra vida hará cesar.

¿Nos arrebatara una hermosa?  
Pues debe á su frente pura  
Vaga sombra de tristura  
Sus rosas desvanecer;  
Bajo sus párpados tennes  
Se debe mirar pendiente  
Una lágrima luciente  
Que revele el padecer.

¿Un héroe nos entusiasma?  
Pues ha de tener el llanto  
Por consuelo, en su quebranto,  
En su aflicción y penar;  
La ingratitud como premio  
Dado en sus propios hogares;  
Por patrimonio pesares,  
Y en ellos ha de acabar.

Un monumento arruinado  
Lleno de yedra y maleza,  
Algo de dulce tristeza  
Germina en el corazón;  
Y tierno encanto gozamos  
Al ver la cruz solitaria,  
Que agorera y funeraria  
Se alza sobre el panteón.

En los escombros y ruinas  
De antigua, rica morada  
Fija el alma su mirada;  
Y dice: — soy inmortal...  
Y extasiada de contento  
Contempla allí lo ilusorio  
De este mundo transitorio  
Lleno de penas y mal.

¡Sí! lo triste es lo sublime;  
Esto lo que cumple al alma.  
Lo que le da alguna calma,  
Alguna delicia y paz;  
La ventura de la tierra  
Es una flor marchitada,  
Una esencia evaporada,  
Un relámpago fugaz:

Al hombre, en triste destierro,  
Debe alimentar el llanto;  
Este debe ser su encanto,  
Y no dicha mundanal;

Porque es el llanto vertido  
La lluvia fresca, querida,  
Que en la desolada vida  
Refresca el ardor del mal....

J. M. TORRES CAICEDO.

### Revista de Paris.

El sábado último, una señora de la alta aristocracia, había reunido en sus salones del barrio de San Germain, un pequeño círculo de personas amigas con el objeto de celebrar el día de Reyes, según la tradición antigua. En medio de una sala blanca y dorada, llena de adornos artísticos de mil especies, había un piano regio; pero la reina, la soberana de aquel templo, era la duquesa de N..., la dueña de la casa, un tipo de elegancia y hermosura.

Varios artistas se habían sucedido al piano, cuando le llegó su turno a una joven de frente mediatunda y de fisonomía triste; desde luego mirando aquel rostro se echaba de ver que la pianista había padecido mucho, pues se notaba en él ese sello fatal con que se hallan marcadas las personas que tienen el genio en la cabeza y la miseria en casa.

Cuando la joven se sentó delante del teclado, los acordes vibraron armoniosos, y la concurrencia escuchó largo tiempo aquellos vaporosos preludios.

Después, concluida la música, cuatro lacayos trajeron una mesa cubierta de sorbetes, de té y de ponche, en cuyo centro se ostentaba orgullosamente un enorme pastel llamado de Reyes.

La duquesa de N... se acercó y tomando con ambas manos el pesado plato de porcelana del Japon, se adelantó hacia la pobre pianista, que se había marchado a un rincón donde estaba inmóvil y con los ojos distraídos.

— ¡Cómo! ¿yo la primera, señora duquesa? la dijo con asombro.

— Sí, Vd., señorita, que acaba de darnos un rato tan bueno, debe Vd. ser la primera. Permítame Vd. que yo misma la escoja un pedazo, quizá tendré buena mano y la daré a Vd. el haba.

La joven se puso encarnada como una cereza.

Según la costumbre, el pastel estaba dividido en tantos trozos como personas había en la reunión, y cada cual esperaba el haba para ser el rey o la reina de la fiesta.

— ¿Quién es el rey?  
— ¿Quién es la reina? gritaban por todas partes.  
— No soy yo.  
— Ni yo.  
— Ni yo tampoco.  
— Yo la tengo, dijo balbuceando la pianista.

Y tomando aquella señal de un reinado que duraba una hora, reconoció que el haba era de concha fina.

— Consérvela Vd. en recuerdo mío, dijo la duquesa de N... a la joven artista.

— ¡Oh! señora duquesa, tenga Vd. la bondad de encargarse de ser la reina en mi lugar.

— Está bien, será la reina, pero Vd. se llevará la insignia. Y la noche se concluyó sin otro incidente.

Cuando la joven se halló de vuelta en su guardilla, se puso a mirar el haba y reconoció que aquel pedacito de concha era una cajita muy ingeniosa que logró abrir sin gran trabajo. — Dentro de ella había un billete de doscientos pesos.

El año de 1853 se anuncia espléndidamente. Se habla de bailes en la corte, y mientras tanto, para no perder tiempo, las fiestas particulares de bailes y conciertos se multiplican con una actividad de que hay pocos ejemplos. Como la miseria que aflige a las clases menesterosas de la capital ha tomado este año proporciones extraordinarias, circulan en el gran mundo muchos proyectos de obras de beneficencia. La alta sociedad de Paris hace todos los años esfuerzos increíbles para aliviar la suerte de los pobres. Una de las señoras más conocidas en los altos círculos por su laudable predisposición a tomar la iniciativa en tan laudables empresas, la señora baronesa de H..., se entretenía en su reunión del jueves último en echar la cuenta de las cantidades que recogió en sus piadosas funciones durante el último invierno. No sin alguna satisfacción, bien legítima por cierto, la caritativa señora mostraba a las personas que componían la reunión su abultado libro de cuentas.

Según los estados auténticos que se encuentran en él, la baronesa colocó en todo el invierno setecientos billetes de baile a beneficio de los pobres, que a razón de dos pesos el billete forman un total de 1,400 pesos. En cuanto a los conciertos de beneficencia, los billetes que distribuyó produjeron cerca de 2,000 pesos. Cuatro veces pidió en las iglesias durante la cuaresma, y los fieles correspondieron de tal modo al llamamiento, que el total de lo recogido en su bandeja pasa de 2,500 pesos. Las limosnas particulares que solicitó para las obras de caridad que están bajo su patrocinio la produjeron 3,500 pesos. En una venta anual que se abre en Paris, también con el fin mencionado, y cuyo atractivo principal consiste en que las tenderas son señoras caritativas de la alta sociedad parisiense, la baronesa de H... se halló al frente de un puestecillo de objetos de perfumería, y se dió tan buena maña para vender, que en un solo día despachó por más de cien pesos de jabones, pomadas y aceites.

Pero su triunfo principal está en las rifas a puerta cerrada que con tanta frecuencia se improvisan. Por el libro de cuentas consta que la baronesa ha sacado más de 2,000 pesos colocando billetes de rifas organizadas por ella y sus amigas. La que tuvo lugar en su casa el año último en sus grandes reuniones, donde se rifaron objetos espléndidos y de valor regalados por filántropos acaudalados, ó fabricados por manos delicadas

y graciosas, produjo 1,500 pesos. Sumados todos estos números, forman un guarismo respetable.

Los hermosos ojos de la dama, su sonrisa provocativa, la gracia de sus modales y el encanto de su palabra entran por mucho en ese rico producto, y la baronesa puede presentar ese resultado como un testimonio incontestable de su mérito personal, de cuyo modo se encuentra doblemente recompensado su celo cristiano, por el gusto de hacer bien, y por la satisfacción que en ello recibe el amor propio. He ahí un hermoso asunto de emulación para algunas señoras del gran mundo que se disputan el honor de recoger la cosecha más abundante en el campo de la beneficencia. En esa lucha tan digna de alabanza despliegan todos sus medios, ponen en juego todas sus seducciones, y ciertamente sería imposible criticar la coquetería inspirada por semejante motivo, y que proporciona tan buenos recursos a los pobres.

Por el total que arrojan los ingresos, es fácil calcular lo terrible que será el gasto para los tributarios. Nada mejor cuando son las grandes fortunas las que responden a las encantadoras y piadosas exigencias de tan amables limosneras. Aquí también tropezamos con la emulación, pues hay en Paris muchos ricos que pagan abundantemente el tributo a la beneficencia, unos por caridad sincera, otros por galantería ó por vanidad. Eso tiene de bueno la sociedad, que sus vicios, sus defectos, sus flaquezas, redundan a veces en provecho de la moral, y producen iguales resultados que la virtud más pura y desinteresada.

Por eso hay muchas gentes, de esas que se hallan inclinadas a denigrarlo todo, a no encontrar nunca nada bueno, que atribuyen a ese favorable impulso, a esa lucrativa aplicación de un principio equívoco, ciertos rasgos de generosidad notables por una forma extraña y pretenciosa. Los pesimistas injustos y envidiosos, no consideran que las personas naturalmente generosas propenden a deslumbrar con su magnificencia, y que la mayor parte de los filántropos de nuestros tiempos se distinguen por sus extrañezas.

Las señoras que pasan el invierno en Paris pidiendo para los pobres, gustan mucho de esos personajes espléndidos, y fomentan con su alta aprobación y sus lisonjeras alabanzas, la generosidad que sale de los límites ordinarios.

Dichosos aquellos que pueden conducirse con liberalidad en tales ocasiones, pues por desgracia abundan en la sociedad, sobre todo entre los jóvenes, otros que con grandes dificultades logran subvenir a los numerosos y pesados tributos que les impone la insaciable caridad de las que piden por los pobres. Ya se ve, los juzgan por las apariencias, y les tratan como si fueran ricos. Además, algunas señoras piensan que según las reglas de la equidad y la justicia, las cargas deben ser proporcionadas a los beneficios, y que aquellos que más partido sacan de la sociedad, que más se divierten en ella, deben pagar los impuestos por lo menos con tanta generosidad como los ricos gastados y reducidos por la edad a no desempeñar más que un papel inferior y secundario en las fiestas y diversiones mundanas.

Terribles son los apuros del joven que tiene solo lo justo para vivir honrosamente con economía, y que se halla lanzado en una sociedad donde se encuentran cinco ó seis señoras como la baronesa de H...

— Mañana voy a pedir a la iglesia de San Roque, le dice la dama; cuento con su presencia de Vd. y con su ofrenda.

El joven se inclina con urbanidad, y promete graciosamente su presencia y su ofrenda.

— He guardado para Vd. seis billetes de un baile a beneficio de los pobres del barrio.

— ¡Tanta bondad!  
— Aquí los tiene Vd., caballero.

El joven saca de su bolsillo tres monedas de oro, que cambia por los seis billetes.

— Además, ya sabe Vd. que he organizado una rifa para mis pobres.

— No lo sabía.  
— Pues sí, continúa la dama de caridad, y me prometo que tomará Vd. diez billetes.

A esta tercera notificación el joven de que hablamos se sonríe, y como un hombre que en tono de chanza habla de veras, le dice:

— Pero, amiga mía, si Vd. continúa de ese modo, pronto me hallaré yo en la misma posición de esos pobres de quienes me habla Vd. continuamente con un interés tan firme.

— Pues bien, repuso la dama riéndose, quiere decir que cuando llegue Vd. a ese caso, entonces pediré por Vd.

— Acepto la promesa.

El caso que contamos es histórico, y se refiere también al año pasado. El joven en cuestión llegó al caso terrible mucho más pronto de lo que se esperaba, y en efecto se fué a casa de aquella señora que le había prometido su protección generosa.

— Vengo a ver si se halla Vd. dispuesta a cumplir su palabra.

— Veamos cual es el asunto.  
— Estoy arruinado completamente, arruinado al servicio de otros, y deseo saber si querrán hacer algo por mí aquellos a quienes yo serví en días mejores.

La señora estaba petrificada; no podía comprender que nadie se arruinara tan fácilmente, pero por lo demás se mostró animada de las mejores disposiciones. El joven era un hombre interesante, amable, muy fino; sus hojas de servicio estaban en regla, se hallaba provisto de documentos auténticos que probaban las causas honorosas de su ruina, y la señora que le prometió sus servicios se reunió con otras, con aquellas que más veces habían puesto a prueba su generosidad, y trataron de asistirle como lo merecía, esto es, buscándole un buen matrimonio, lo que lograron, pues sus alabanzas fueron tantas y tan elocuentes, que llegaron a interesar en favor de su amable pobre, el corazón de una heredera millonaria, de modo que el dote de la mujer, ha vuelto a poner al joven en estado de poder hacer frente en este invierno a las súplicas de las baronesas que piden limosna en los salones.

Después de las altas señoras de Paris, que con tanta benevolencia se desvelan por aliviar la suerte de los pobres, hay una clase en Paris que merece también muchos elogios por su caridad en favor de los desgraciados: queremos hablar de los grandes artistas que pertenecen al teatro. Las funciones a beneficio de los pobres cuentan siempre con la ayuda gratuita de los actores y actrices de mas fama. En el gremio teatral se cuentan varias personas notables por su magnánimo corazón y buenos sentimientos, y para no citar más que un ejemplo, vamos a transcribir aquí una anécdota referente a la Alboni, que pasa por tener un carácter el más independiente y original y al mismo tiempo el corazón más generoso que se ha visto en una mujer de teatro.

La Alboni, después de sus brillantes triunfos en las capitales, suele encerrarse de incógnito en una casa de campo del Tirol, donde lleva una vida campestre trabajando con las aldeanas en las faenas propias de la tierra.

Hace algunos años, el empresario de un teatro italiano que solo la conocía de reputación, atravesaba el Tirol para ir a buscarla en Berlin, donde creía encontrarla aun en el teatro real de la Opera, cuando al pasar una tarde cerca de una choza, oye una voz en medio del silencio, que parecía bajar del cielo. El empresario se queda atónito; jamás había oído nada tan perfecto.

— ¡He descubierto una fortuna para mí! exclama, y saltando de su silla de posta, entra en la choza bajo el pretexto de pedir un vaso de agua. Nuestro hombre se encontró con cuatro aldeanas, y al pronto no pudo distinguir a la cantatriz, pues todas iban vestidas con igual sencillez; pero la reconoce por fin en su órgano, la dice su nombre, la habla de música, logra que cante dos ó tres piezas, se convence de que el método se encuentra a la altura de la inspiración, y alentado por algunas palabras, hace una proposición que le parece magnífica: dos mil pesos por cincuenta representaciones.

— Es muy poco, le responde la aldeana.  
— ¡Cómo! ¿es poco dos mil pesos? exclama el empresario con asombro.

— Sí; no me decidiré a dejar esta cabaña si no me da Vd. el doble.

— ¡Diavolo! señorita; ¿sabe Vd. que eso es la mitad de lo que voy a ofrecer en Berlin a la famosa Alboni?

— ¿Y Vd. cree que canta mejor que yo?

— No digo eso, pero Vd. no es conocida aun...

— ¿Es decir que Vd. paga las reputaciones y no los talentos? En fin, haga Vd. lo que quiera, caballero.

— ¿No rebajará Vd. nada?

— Nada absolutamente; yo sostengo a la madre y sus dos hijas que ve Vd. aquí, y no puedo abandonarlas sin dejar antes asegurada su subsistencia.

El empresario firmó el ajuste y prometió que volvería a fines de mes.

Cuando llegó a Berlin solo se encontró con el agente de negocios de la Alboni, que contrató a la cantatriz por cincuenta representaciones, pero sin rebajar un cuarto de diez mil pesos.

— Está muy bien, dijo el empresario, pero ¿dónde voy a encontrar a la ilustre prima donna?

— En el Tirol, en la aldea de ....

El empresario se quedó estupefacto; allí justamente era donde había descubierto a la aldeana. En efecto, al llegar a la cabaña se convence de que la aldeana y la Alboni son una misma persona.

— Si paga Vd. un poco caras las cincuenta representaciones de la Alboni, le dijo la amable artista, en cambio hace Vd. un buen negocio con las cincuenta representaciones de la tirolesa; pero yo también estoy contenta, añadió mirando a sus humildes compañeras, pues me hará Vd. el favor de entregarme los cuatro mil pesos convenidos para dotar a estas jóvenes y para que viva su madre. De este modo nadie habrá perdido.

Rasgos así podríamos citar algunos entre la gente pródiga, con pocas excepciones, que vive de los teatros.

MARIANO URRABIETA.

### Fundición de cañones de S. Gervais.

Los grandes establecimientos de la industria francesa han despertado siempre la curiosidad de los viajeros, bajo un doble punto de vista; como vastos centros de trabajos variados donde se puede estudiar una fabricación desde su principio hasta su fin, y como iniciación en el empleo de las rentas del Estado y en los recursos que de ellas saca.

Entre los establecimientos que presentan este doble interés, figuran las seis fundiciones de cañones del gobierno, tres de ellas dependientes del ministerio de la Guerra, y las otras tres del de la marina.

Estas tres últimas situadas la de *Ruelle* al Oeste cerca de Angulema, la de *San Gervais* a 40 kilómetros de Grenoble cerca de la frontera del Mediodía, y la de *Nevers* en el centro de la Francia, se hallan destinadas la 1ª a cubrir las necesidades del Océano, la 2ª las del Mediterráneo, y la última a servir de dependencia a las otras dos, para reemplazarlas cuando ocurre alguna suspensión en sus trabajos.

Las fundiciones se hallan colocadas en las cercanías de los bosques, de las minas de carbon y de hierro de donde sacan sus provisiones, y al lado también de los ríos que ponen en movimiento sus máquinas. Las fundiciones de la marina trabajan así mismo para el departamento de la Guerra, cuyas fundiciones especiales solo suministran piezas de bronce, materia costosa que solo se emplearía en las piezas de pequeño calibre, si la desproporción y la pesadez de la fundición de hierro, sin los inconvenientes que en otro tiempo presenta-

ba su empleo, no viniera á neutralizar la economía notable que presenta su explotación. Ya concluido un cañon de bronce de grueso calibre de unos 1848 kilogramos de peso, cuesta sobre 4175 frs., en tanto que un cañon de hierro igual no cuesta mas que 2000 frs. pero pesa 3700 kilogramos. Las fundiciones que acabamos de designar suministran anualmente un total de 1000 piezas de artillería (200 de bronce y 800 de hierro).

Preparado por estas consideraciones preliminares el lector, puede entrar ahora con nosotros en uno de esos establecimientos, la fundicion de S. Gervais, á la que damos la preferencia porque ofrece un conjunto perfecto de construccion, máquinas y aparatos que la colocan en primera línea entre las fundiciones del Estado.

#### SAN GERVAIS.

Situada en el fondo de uno de esos hermosos valles del Isère, la aldea de San Gervais posee en el dia un soberbio puente colgante por donde se llega á la verja de la fundicion.

Las antiguas habitaciones negras y ahumadas, cuya aglomeracion desordenada estaba muy léjos de anunciar la presencia de un establecimiento del gobierno que daba la vida al país, han sido reemplazadas por construcciones regulares de una elegancia clásica y de una solidez debida á la dureza de la piedra local, verdadero mármol de un trabajo costoso. Dos vastos terraplenes, el uno llamado el *Parque de las minas* en cuya parte baja están construidos los talleres que se hallan al nivel de la boca del alto horno, los depósitos de carbon

y todo lo relativo á la fundicion propiamente dicha, y el otro llamado *Parque de las provisiones*, y que encierra las fundiciones y los cañones, ocupan un espacio de 1200 metros cuadrados; al rededor están agrupados los talleres, las oficinas, los caminos de hierro, etc.

La construccion de los talleres principales presenta la forma de un cuadrado perfecto, cuyo lado Norte está ocupado por un vasto edificio y por los talleres, y el lado Sur por otra construccion á derecha é izquierda dividida simétricamente en almacenes, y terminada

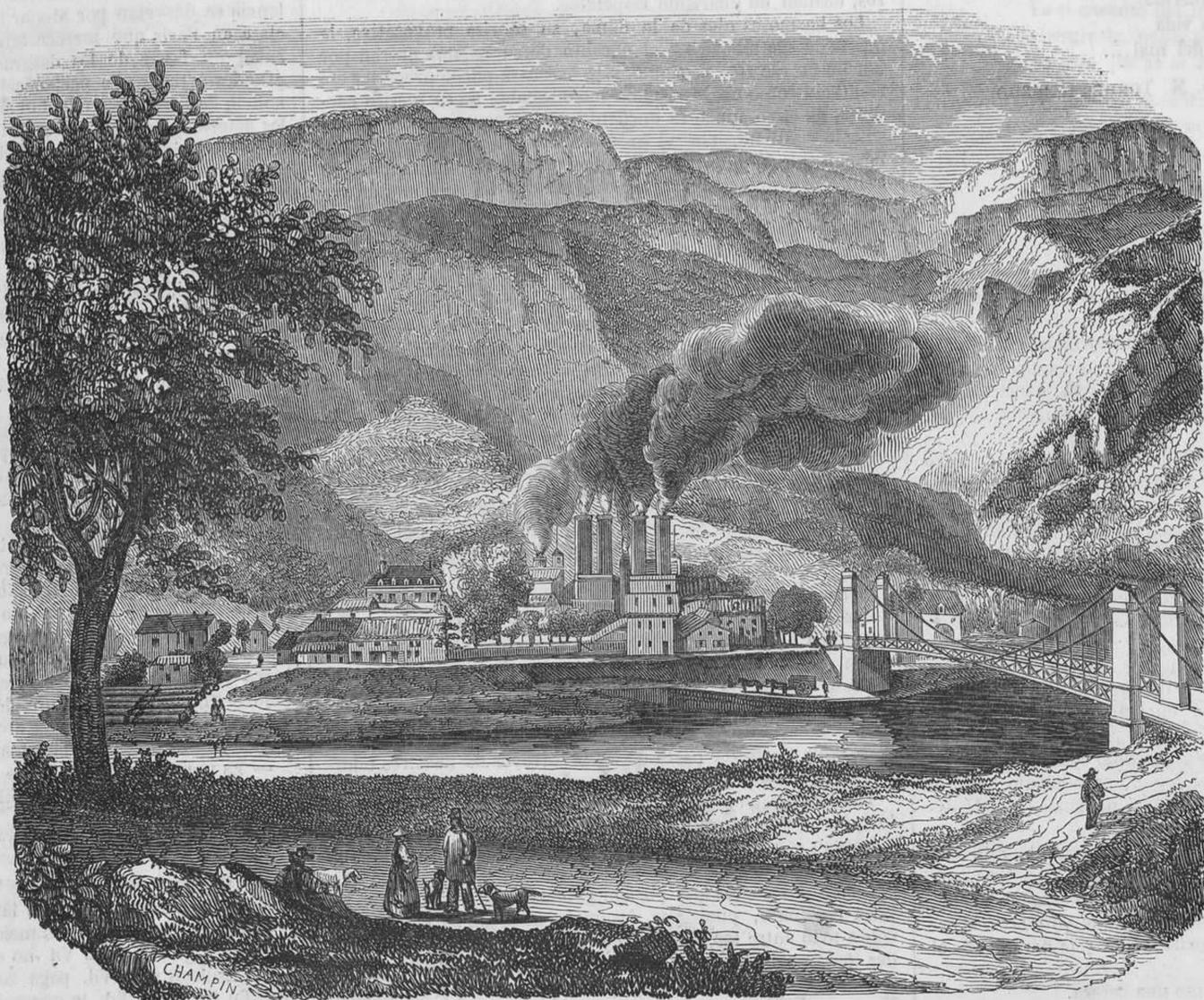
cia misma de los minerales, es tan variable, que solo se saca bien á beneficio de muchos conocimientos y de mucha práctica. Siendo la fundicion un compuesto muy variable de hierro y de otras sustancias, las inducciones que podrian sacarse de su color y de su resistencia relativamente á su cualidad podrian ser muy falsas. Por eso hay buen cuidado de recojer todos los indicios que acompañan las transformaciones de los minerales: estudiar esos fenómenos, examinar comparativamente los resultados que producen, y clasificarlos

paralelamente por los talleres accesorios de la carpintería, los ladrillos, la fragua y el ajuste; lo que queda de los otros lados se halla ocupado al Este por un ancho taller de grabado, y al Norte por las oficinas y la habitacion del portero; las habitaciones de la direccion se hallan contiguas al Parque de las minas, los jardines se hallan al Este, al Oeste y al Sur del establecimiento; un vasto depósito de agua para alimentar las máquinas, completa las dependencias.

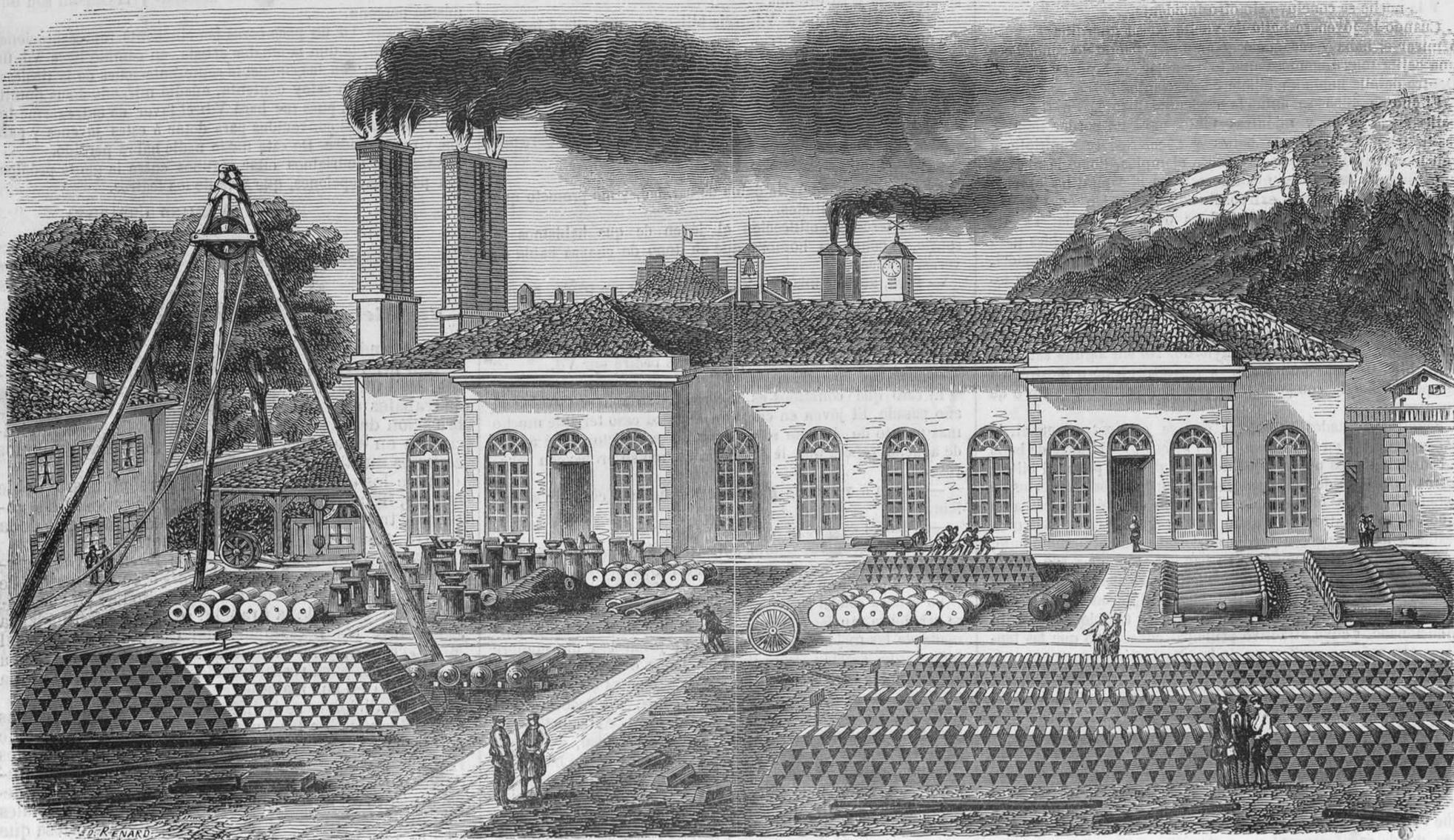
Despues de esta rápida ojeada por el exterior, penetremos dentro donde el ruido de los martillos, y el silbido intenso de los cañones en taladro, llaman ya nuestra atencion por el contraste que presenta con la armonía serena del paisaje, y donde tendremos que examinar las siete operaciones sucesivas indispensables para la fabricacion de una pieza de artillería.

#### LAS FUNDICIONES.

La naturaleza de las fundiciones tanto por las modificaciones accidentales que pueden sobrevenir en ellas, como por la esen-



Fundicion de cañones de San Gervais, en Francia. — Vista general.



Fundicion de San Gervais — Los terraplenes y el edificio de los talleres principales.

despues por número de orden para combinarlos con otros para llegar al fin deseado, tal es la operacion que desempeñan los oficiales superiores de artillería, directores de las fundiciones.

Pero si esta operacion es minuciosa y complicada, lo es sobre todo, como principio de los trabajos de que nos ocupamos; pues como las fundiciones que deben producirse tienen que soportar presiones enormes y muy frecuentes, deben ser bastante nerviosas y secas para resistir a la accion de la pólvora, y bastante suaves y homogéneas para ser elásticas al choque. Con el fin de llegar á este punto medio no se descuida la mas mínima cosa, y por eso toda coladura producida durante una marcha anormal del alto horno, se vuelve á colar irremisiblemente. Las luces de la experiencia ayudan en cada operacion al trabajo material y el resultado se perfecciona por la combinacion estudiada de muchas coladuras sucesivas. Un alto horno cuando trabaja, se parece á un enfermo convaleciente al que se dan alimentos saludables, pero cuyo efecto no se vé. Las materias arrojadas en el horno hasta el momento en que llegan al crisol, producen segun el poco ó mucho calor de la fusion, fundiciones tiernas ó secas, oscuras ó blancas y mas ó ménos propias para la artillería.

Estas fundiciones reclaman procedimientos y cuidados especiales y emplean minerales particulares que la fundicion de San Gervais saca de las montañas de Allewards, donde se hallan filones abundantes y de buena calidad. Los minerales se arrojan en el horno con los dos fundentes ordinarios, á saber el carbon de leña y la castina. El alto horno se carga á medida que bajan

las materias, y la colada se efectua de doce en doce horas. La primera fusion cae ya en el molde de arena preparado con ese fin en forma de prisma cuadrangular, y toma el nombre de *goa*. Cada colada da unas cinco goas de unos 350 kilogramos de peso sostenidos por el punto de comunicacion que llaman *maneta*; estas manetas despues que el metal se enfria, sirven para los análisis y clasificacion. Despues indicaremos las pruebas á que someten la nueva fundicion ántes de admitirla definitivamente y de componer con ella y

Cada parte que van á vaciar está colocada segun su elevacion por tierra ó en un hoyo, primero el modelo, luego el bastidor, y en el intervalo que separa el bastidor del modelo, se echa la arena que debe tomar la marca de este último. La arena debe estar bien escogida. A fin de que cada parte en el trabajo ulterior de reunion se adapte perfectamente con la que debe formar cuerpo con ella, se deposita ántes de sacar el modelo, el de la parte siguiente cuyo puesto está indicado y el vaciado principia de nuevo; despues se saca la par-

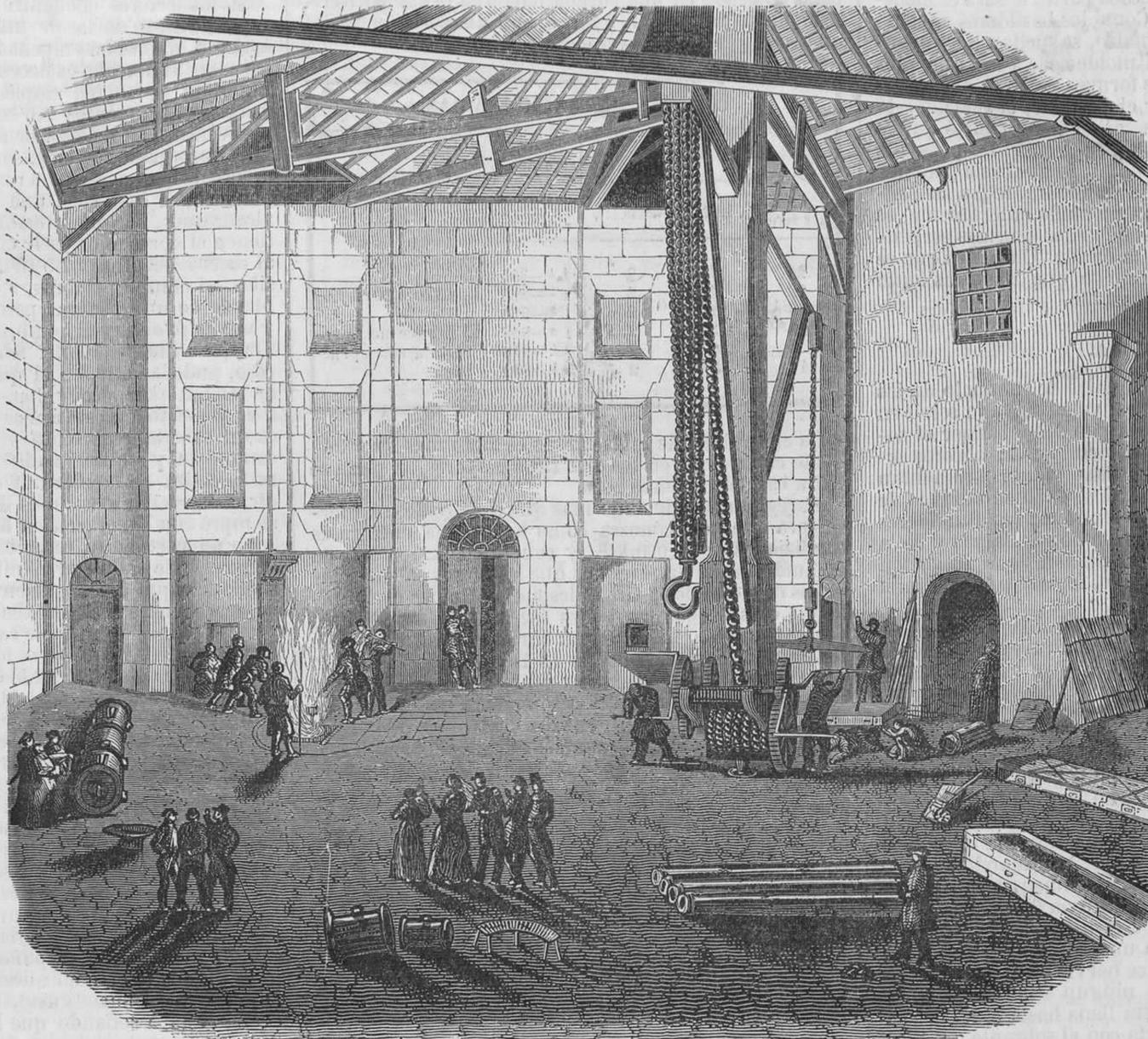
con las de segunda fusion una nueva mezcla.

Mientras que los fundidores, por las indicaciones del registro de clasificaciones van á componer su carga para la coladura de un cañon, vamos á ocuparnos de otra parte de los trabajos de la fábrica.

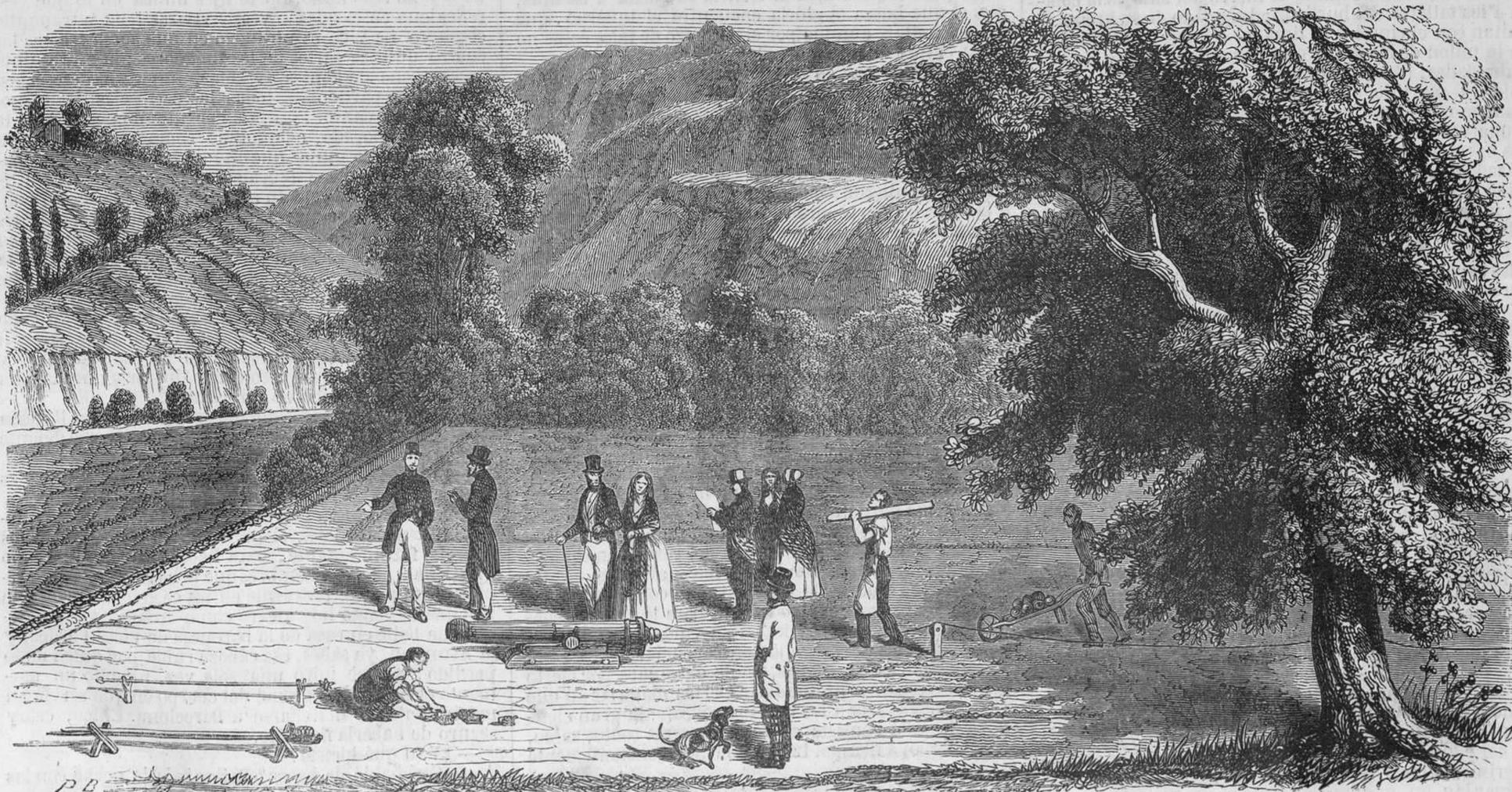
EL MOLDAJE.

Las piezas se vacian por partes, y con este fin los modelos y sus bastidores se dividen en tantas partes como se distinguen en un cañon bruto, á saber: 1º la culata con su boton y su segundo boton; 2º el refuerzo y los muñones; 3º el último tercio de la pieza, 4º la tulipa; 5º la manelota.

Cada parte saca su nombre de su uso ó de su forma excepto el segundo boton de la culata y la manelota, colocadas á las dos extremidades de la pieza que solo existen momentáneamente. El segundo boton sirve de punto de comunicacion con las ruedas hidráulicas, que hacen dar vueltas á la pieza para el taladro, y se corta cuando la pieza está enteramente concluida. La manelota es una adiccion que tiene por objeto dar á la tulipa un grano semejante al del cuerpo de la pieza, y que se corta ántes del taladro.



Fundicion de San Gervais. — La colada.



Fundicion de San Gervais. — La prueba extraordinaria

te inferior anteriormente vaciada, y la última se vuelve a su vez la base para otra.

Terminado el moldaje de cada parte, se saca el modelo de la manera siguiente. Como los bastidores se componen de dos mitades de cilindro, se sueltan ligeramente las clavijas hasta que el molde cede á los esfuerzos de la grua; las piezas que forman saliente se retiran despues, se vuelve á cerrar el bastidor, el vaciado está terminado, y se procede á secarlo en un cuarto que se tiene á la temperatura de 60 á 80 grados. Despues que permanece allí veinticuatro horas, lo que basta para dar á la arena la consistencia de la piedra, todas las partes están reunidas y la pieza montada enteramente, se baja y se deposita por medio de cruas enormes perpendicularmente á la zanja de la colada. Un lienzo que se extiende sobre el orificio, impide que mientras tanto entren las inmundicias en el molde.

#### LA COLADA.

Todo está dispuesto; los canales de conducto de los dos hornos (pues rara vez se valen de uno solo) en cuya confluencia está la pala que debe detener el sobrante de la fundicion, están terminados; obreros armados de espátulas dan la última mano, pulimentan la arena de que están contruidos, y tienen cuidado de que no caiga ningun cuerpo extraño; los fundidores con el ojo alerta siguen en medio de las llamas y de la reverberacion del horno la ebullicion de la fundicion que se liquida; dentro de algunos instantes la campana anunciará la colada.

Ya sonó la campana; cada obrero á la vista del director se coloca en su puesto; el contra-maestre con la cabeza protegida por un ancho fieltro y los brazos y las manos metidas en una manga de lienzo-mojado, tiene dispuesto el palo que debe dirigir el caño de la fundicion en el molde; queda un postrer preparativo; un hombre baja al hoyo de la colada, y pone en torno del bastidor varias velas encendidas, cuya llama debe atraer todos los gases que filtran y producirian desigualdades. Hecha esta última operacion, se da la señal de la colada cuyo torrente ardiente ilumina de súbito todas las profundidades del taller, acentuando vigorosamente los perfiles de los obreros impasibles y chorreando sudor en medio de una lluvia de chispas.

Cuando la fundicion llega á la altura de los muñones un obrero introduce en cada uno de ellos una muñeca de paja cuya combustion hace hervir el metal de modo que no deja en esa cavidad ningun sitio para el aire. En breve la pieza se encuentra llena hasta el borde; la pala detiene y forma una torta con el sobrante; se tapa el canal, y el cañon, sobre cuya superficie arrojan carbon menudo para impedir el endurecimiento inmediato permanece en el hoyo hasta el otro dia, cuyo tiempo basta para que quede sólido.

Por medio de sus cuatro hornos, la fundicion de San Gervais puede efectuar dos y tres coladas diarias.

#### BURILADO, TALADRO Y RECONOCIMIENTO ANTES DE LA PRUEBA.

Burilar una pieza, es darla esteriormente el acabado que debe tener; el burilado implica dos operaciones, una anterior y otra posterior al taladro: en la primera el cañon desembarazado de su bastidor, pero revestido aun con la capa de arena que le dió su forma, pasa en un carreton del camino de hierro del sitio de la colada á los talleres del burilado; despojado de su arena, le quitan con el cincel y la lima los residuos que quedan en la union de las diferentes partes del molde y las desigualdades; dan á los ángulos su debida forma, y trabajan á martillo toda su superficie. Concluida esta primera operacion, la pieza pasa al lugar del taladro, y una vez horadada, vuelve á sufrir la segunda de las dos operaciones que consiste en el arreglo del fagon, el trazado de los puntos y el grabado, por el cual se inscribe el nombre del establecimiento, el año, el peso y los números de colada y de clasificacion que se dieron á la pieza.

La operacion del taladro es uno de los trabajos capitales; suele durar hasta 90 horas, segun el calibre y la dureza del metal; la fundicion de San Gervais posee nueve bancos de taladro divididos en tres grupos. Concluido el taladro, la pieza pasa al taller de burilado para recibir los últimos trabajos de que hemos hablado, pero antes de someterla á las pruebas la registran escrupulosamente en todos sentidos, por medio de varios instrumentos á propósito que existen para ello.

#### LAS PRUEBAS.

Hémos aquí ya en la última operacion, las pruebas, esto es, la verificacion definitiva y suprema de todos los trabajos que se han sucedido en la hechura de la pieza.

Hay dos clases de pruebas, las ordinarias y las extraordinarias; las primeras se limitan á dos tiros con una carga doble de la ordinaria; las segundas, que se emplean en las piezas fabricadas con metal de la primera fusion, son las mas interesantes.

La fundicion de San Gervais posee al borde del Isère un vasto campo de pruebas, cuyo blanco está formado en la elevacion de la orilla derecha de ese rio; en un almacén hay cureñas, balas y municiones sacadas del polvorin del establecimiento; los curiosos y los experimentadores de las pruebas extraordinarias se resguardan en una casamata abovedada, en la cual

hay una tronera por donde pasa una cuerda destinada á poner en movimiento á la distancia de 150 metros, la pieza colocada en una cureña baja á la orilla del Isère. Esta pieza, cañon de á 8 largo, sufre la serie de cargas que se indican en el siguiente cuadro.

NUMERO DE			CARGA de pólvora.	OBSERVACIONES.
tiros por serie.	balas.	valets (1).		
20	1	2	1 k—305	Una visita por serie.
10	2	2	1 k—958	
10	2	2	1 k—958	El bronce no se somete á estas pruebas.
10	3	2	1 k—958	
5	6	2	3 k—916	
10	13	2	7 k—832	

La enormidad de estas cargas es tanto mas sorprendente cuanto que en los diez tiros mayores, la pieza se halla cargada hasta la boca.

El reglamento no exige mas que un tiro de esa fuerza para que se reconozca como buena una entrega de fundiciones de 50,000 kil., y con frecuencia sucede en la fundicion de San Gervais que las piezas salen victoriosas del total de 63 tiros, despues de haber consumido en esas cargas crecientes 182 kil. 740 de pólvora, 130 valets y 250 balas. Es un curioso espectáculo el de los grandes tiros cuando las 13 balas entrechocándose en el aire, envian por encima del blanco los pedazos del cañon experimentado del peso enorme de 200 kil., en tanto que la cureña pulverizada desaparece de la tierra. Cuando una pieza estalla así se recojen los pedazos, se numeran y ajustan en el establecimiento, se mide la distancia y se da parte de todo al ministro de la guerra.

Los sacudimientos que experimenta el cañon con tales descargas son tan grandes, que la afinidad de las moléculas se rompe, y á cada tiro es preciso visitarle. En fin, cuando en las piezas sometidas á la prueba ordinaria, no se ve ninguna degradacion que necesite repararse, las quitan el segundo boton de la culata, las cierran el oido y las envian al camino de hierro.

#### Lo que se ve y lo que no se ve.

Afirman varios hombres de estado que las naciones mas felices son aquellas que están sumidas en una respetable ignorancia. A nadie le importa saber, ni creo de este lugar el decirlo, si estoy ó no conforme con semejante máxima, aplicada á la masa de individuos que, en lenguaje parlamentario, se llama *pueblo*; pero lo que sí afirmo, porque me lo ha enseñado la experiencia, es que el hombre necesita ignorar muchas cosas, ó al menos hacer como que las ignora, para no tener quebraderos de cabeza y vivir en sociedad como cada hijo de vecino.—El que busca halla, canta el refran, mas como no añade lo qué, deja el campo abierto para pensar que el que busca la verdad tropieza con la mentira, que el que busca la ciencia se queda á oscuras, que el que busca la gloria encuentra el infierno, que todo es hallar, aunque por el hallazgo de tales cosas no diera el hijo de mi madre dos ochavos.

Hubo un tiempo en que yo pensaba de otro modo, y por un *tris* no compro el título de sabio y acaso de algo mas, á costa de mi reposo y quien sabe si de mi vida.

Por aquel entonces quise pertenecer al escaso número de médicos que saben de *pe á pa* la teoría del arte de curar, y desde que hojeé algunos libros no he vuelto á llamar á ningun Galeno, aun cuando me haya visto á las puertas de la muerte. Estudié algo de leyes, y á pesar de ser el hombre mas pacífico y mas inofensivo del mundo estoy siempre temblando verme envuelto en una causa criminal y guillotinado como Lessorques. Traté de afiliarme en un partido político y los examiné á todos con calma; me sentia inclinado al liberal y en él me hubiera metido de hoz y de coz, con toda la fe de un alma de Dios, si la casualidad no me hubiese hecho asistir al bello espectáculo de unas elecciones de real órden; volví los ojos al bando absolutista y me encantaron los suplicios sin formacion de causa y los mandatos á lo Bayaceto; decidí por ende ingresar en la comunión de los patriotas, de los imparciales, de los que solo tuvieran por norte la prosperidad nacional, y sin duda por mis muchas ocupaciones, no he dado aun con los señores que militan bajo tal bandera. Parecióme despues conveniente hacerme cofrade de san Lucas, y con este objeto fui á estudiar la vida del casado en compañía de un mi primo, que lo era hacia algunos meses: su mujer era una perla y se llevaban como dos ángeles. Sin embargo, yo sigo soltero para lo que ustedes gusten mandar, y mi primo está viudo hace muchos años. Saque el que guste la consecuencia.

Despues de tales pruebas, nadie extrañará por cierto que me resista á profundizar ciertas materias, ó que así se lo haga creer á los que me rodean: la gran ciencia de la vida consiste en saber hacerse tonto, sabio, ciego ó sordo, á tiempo. La fortuna mece constantemente

(1) Cilindro de madera sólida cargado de pólvora, y abierto en muchas partes.

en su blando regazo á los que poseen esta flexibilidad de carácter.

Si los lectores encuentran extravagantes mis ideas, ¿qué no dirán de las de un amigo mio, héroe de este artículo, que se ha empeñado en probar que para ver las cosas al derecho es necesario mirarlas al revés? Ni Lutero ni Melancton emplearon en favor de la reforma religiosa argumentos tan contundentes como los que usa Ventura en defensa de su sistema.

Ventura pasa por loco, como todo aquel cuya locura difiere de la que padece el resto de la humanidad; pasar por loco, es casi, casi, una fortuna en los tiempos que alcanzamos, porque únicamente los niños y los locos tienen el derecho de decir cuatro verdades aunque sea al lucero del alba. «No tiene formalidad, ni vuelve visitas, ni cumple palabras,» escribia el triste Figaro hablando de un calavera; pero de él es de quien se dice *¡cosas de fulano!* y el hombre que llega á tener *cosas*, es libre, es independiente. Solo reconoce un rival poderoso, pudo añadir, en el que deja pacientemente que le tengan por loco y hace su santísima voluntad en todo y por todo: este á mas de independiente y libre, es un soberano absoluto á quien la sociedad sirve y contempla y á quien nadie vende, por ser género que no se cotiza en la plaza. A él solo le está reservada la dicha de recibir obsequios de interesados y de hablar siempre con el corazon en la mano.

Yo no participo, respecto á Ventura, de la opinion general, y le trato con el mismo afecto, con la propia confianza que á los que en concepto del vulgo de las gentes, tienen sus cinco cabales, así es que Ventura me profesa el mas entrañable cariño y me confia todos sus pensamientos. Mi amigo es joven, rico, de buena figura y aunque criado en humildes pañales, visita las casas mas aristocráticas de Madrid; pero él no se da por eso aire de gran señor, pues dice que la buena acogida que hoy encuentra en ellas, se convertiria en una política ceremoniosa, glacial, y por decirlo así, *repulsiva*, el dia que no pudiera perder unas cuantas onzas al tresillo, ceder frecuentemente su palco del teatro Real á la marquesita de R... y presentarse á todas horas vestido de punta en blanco en casa del banquero H... el cual hace algunos años que sacudia el pelo de la dehesa en una tienda de comestibles.

Ayer mañana entró Ventura en mi cuarto y abriendo de golpe la ventana y tarareando una de aquellas canciones, mal llamadas *españolas*, que en una época no muy remota se oían en nuestros salones, con ofensa de la moral y del buen gusto, me despertó precisamente cuando estaba soñando que la patria de la virtud era la tierra.

—¿Qué es eso, chico, estás malo? me preguntó Ventura con interés, al mismo tiempo que tiraba violentamente de las ropas de la cama.

—No, le contesté de mal humor.

—Pues entonces, ¿cómo es que te encuentro encamado aun como una hebre?

—Ya sabes, repliqué, que paso la mitad de mi vida durmiendo, y la otra mitad soñando despierto.

—¡Frescos estamos! murmuró Ventura tomando asiento á mi lado. Veo con disgusto, amigo mio, que continuas aferrado en tu *politica de retraimiento*, esto es, en vivir en la oscuridad y la meditacion, como un cenobita. Yo no sé quien diablos te ha metido en la cabeza esas ideas, que acabarán por levantar una barrera insuperable entre la humanidad y tú. Desengáñate y no seas necio, no te fijes nunca en lo que ves, reflexiona en lo que no ves, y vivirás feliz y tranquilo como yo. La vida es un juego en que *hacen trampa* las cuatro quintas partes de los jugadores: la otra quinta se compone de gentes avisadas, impías ó descreídas, que sacan partido de todas las peripecias del juego. Ejemplo al canto. Figúrate por un momento que te habias enamorado, enamorado como un Otelo ó un Macias, de una mujer que está en boga por su extraordinaria hermosura; figúrate que has pasado ya el Rubicon, diciéndole que tu alma (que pertenece á Dios), es suya; que tu corazon (que de ningun modo puedes dar, ni por cumplir), es suyo; que tu vida, (propiedad inalienable de la muerte), es suya; figúrate que la mujer de quien se trata, como todas las mujeres de este siglo y de los pasados, ha oído con seriedad tales despropósitos agitando suavemente el abanico y repitiendo muchas veces ¡Jesus! ¡qué malo es usted! ¿qué harías si la vieras despues muy metida en harina con otro, y bailar una noche entera con él, y dirigirle miradas tan tiernas como los ojos de mi portera?

—Si estaba verdaderamente enamorado, me llegaria al alma su desden y no volveria á presentarme delante de la mujer que así se gozaba en mi tormento.

—¡Ta, ta, ta! exclamó Ventura entre dientes. Eso es lo que se llama hacer el oso. ¿No conoces, desgraciado, que la nieta de Eva que obra de tal modo, lo hace únicamente por recobrar el precio de su conquista á los ojos del futuro amante, para hacer creer al muy bobo que tiene á docenas hombres que le hagan la corte? Precisamente por encontrarme en un caso idéntico al que he citado, vengo hoy alegre como nunca. Anoche estuve de baile en casa de la baronesa de Picos Pardos, y la Asuncion, ya sabes, esa cabeza rubia por quien ando perdido, no me miró una sola vez, ni soltó un momento el brazo del coronel del cuerpo en que servia su marido antes de marcharse á Barcelona. Chico, estoy seguro de haberla flechado.

—¿Y tu qué hiciste?

—¿Qué habia de hacer? Bailar toda la noche con las mejores mozas que habia en la reunion. Ya verás, ya verás como la plaza se rinde antes de ocho dias. Nada,

desde hoy no vas á separarte de mí; te embargo. Tomemos el mundo tal cual está, sin meternos en honduras, y puesto que en él andan trocados los papeles, riámonos de los que, como tu ahora, creen que las cosas son tales como se ofrecen á su vista.

Insistió Ventura, resistiéndome yo algún tiempo, pero al fin tuve que ceder, prometiéndole que pasaríamos juntos el resto del día, y en tanto que me ataviaba le dije:

— Entretente en leer el primer artículo que trae *La Campana de la Regeneración* de hoy: está escrito con fuego y sangre.

— ¿De qué trata? preguntó indolentemente Ventura.

— De la empleo-manía.

— Veamos.

Y leyó en alta voz diferentes párrafos del artículo que yo le había señalado, fijándose en uno que decía así:

El mal, justo es decirlo, no está solamente en que los gobiernos multipliquen las oficinas del Estado de una manera escandalosa y desconocida hasta estos últimos tiempos; está en que una gran parte de nuestra juventud mira con horror toda clase de estudios, y con aprender á leer mal y á escribir poco, cree tener derecho á vivir desahogadamente á costa del pobre pueblo, que suda y trabaja, hoy mas que nunca, para cubrir las excesivas contribuciones que sobre él pesan; contribuciones que de año en año van en una progresión ascendente que asombra, pero que, sin embargo, no librarán á nuestra Hacienda de la ruina y de la bancarrota. Si nosotros tuviéramos la desgracia de ser empleados....

Ventura soltó al llegar aquí una sonora carejada y exclamó:

— Pero, hombre, ¿no has conocido en este artículo el estilo afectado y campanudo de B...?

— Pues qué ¿escribe ahora en *La Campana*? ¿No era absolutista?

— Sí, pero le quitaron el destino y ¿qué hizo? fué y se metió á redactor de ese periódico recalcitrante. Repasa estos días la *Gaceta* y verás á R... repuesto en su carrera con ascenso.

— ¿Desde cuándo emplean los ministros á los hombres que les hacen la oposición en la prensa?

— Desde que los ministros han sabido que un artículo opositor es las mas de las veces un memorial como otro cualquiera.

Mordime los labios no sabiendo qué contestar y ya nos disponíamos á salir, cuando Ventura tomó un periódico literario que había sobre mi mesa, y dijo después de haberle repasado ligeramente.

— Auto en favor de mi sistema. Mira de qué modo empieza nuestro amigo Enrique una poesía que dedica á L., advierte que esta L. es la Luisa, esa vieja verde que le ha trastornado la cabeza.

« ¡Mujer! Si mis labios tocaron un día  
Tu impura mejilla con férvido amor;  
¡Si, necio, en tus ojos mi dicha leía,  
Hoy solo me inspiras desprecio y horror! »

Después de este arranque de desesperación, digno de los románticos del año treinta y seis, prosiguió Ventura, cualquiera creería que Enrique se había zambullido de patitas en el canal, ó que la señora L. le había sacado los ojos por haberla puesto en ridículo á los de cuantos conocen sus relaciones con el joven poeta. Pues nada de eso; antes de ayer vió la luz pública esta peregrina concepción: ayer iban Enrique y L. agarraditos del brazo como dos recién casados, en busca sin duda de nuevos motivos para despreciarse y aborrecerse.

Salimos á la calle y á los pocos pasos tropezamos con un joven que cantaba á voz en cuello un aria del *Nabucco*.

— ¿Adónde vas? le preguntamos á un tiempo Ventura y yo.

— No lo sé, contestó; vengo de almorzar con mi primo el subsecretario de Estado, y no sé donde pasar la mañana. Tengo tres horas que perder; pasémoslas juntos y perderemos nueve, como dice Karr.

Y al pronunciar estas palabras daba vueltas entre los dientes á un palillito de marfil.

— Pues vente á almorzar otra vez con nosotros, repuso Ventura en alta voz, y añadió por lo bajo: este mozo no se ha desayunado. Su primo no le abre siquiera la puerta de su casa.

Efectivamente era así, ó el tal joven es otro Milon Crotoniano, aquel que devoró un toro de una sentada; porque engulló de lo lindo cuantos platos nos sirvieron en casa de Lhardy; solo dejó de comer un momento, para saludar á un caballero como de cuarenta años, vestido con ridículas pretensiones de elegancia, el cual tomó asiento á nuestro lado, pidió un pastelillo de crema, lo trasladó á su estómago en un *santi amen* y se puso al balcon á enjuagarse la boca, llamando á todos los amigos que pasaban por la calle.

— ¿Sabeis donde almuerza ese? interrogó Ventura. En un bodegon de la Caba baja; luego entra aquí y por la módica suma de un real, compra el derecho de que crean sus amigos que almuerza en la fonda y de esclamar á boca llena en todas partes: — Señores, para cocina la francesa, y para cocineros franceses Lhardy: Hoy me ha puesto un faisán trufado exquisito. Pero con ese aire de gran señor ha logrado engatusar á la viuda del general M. que es dueña de una gran fortuna.

— ¡Brava conquista por cierto! interrumpió el joven

tragon. La tal generala es una trapisondista de *primo cartello*, y no tiene sobre qué caerse muerta.

— ¿Pues de dónde sale tanto lujo? ¿No posee grandes propiedades en muchas provincias?

— Eso es lo que se ve; lo que no se ve es que esas propiedades proceden de bienes nacionales y fueron compradas á nombre de la generala por un alto personaje, ex-ministro de Hacienda, que tomó aquella precaución para evitar habillitas. Sé la historia por el escribano que autorizó la contra-escritura.

Algo mas hubieran contado mis dos amigos respecto á la generala y á su amante el del bodegon, á no haberse presentado un hombre de alguna edad que se nos aproximó con el sombrero en la mano.

— ¡Un pobre cesante! murmuró con voz entrecortada por los sollozos.

¡Iba ya á darle una moneda, mas avergonzado que él mismo, cuando noté que el mozo me hacia señas para que no me dejase llevar de la compasión que en mí había despertado la vista del pordiosero.—Fuera de aquí, gritó el fámulo lleno de indignación. Sepan ustedes, señores, que este hombre y cuatro hijas que tiene, por cierto mas bonitas de lo que Dios manda, solo piden por vicio y se regalan en su casa como si fueran duques de Osuna. Además se dice que si es ó no es de la policía secreta, y que desempeña esta comision á las mil maravillas, á favor de su traje de mendigo.

Corrido y amostazado salió el pobre del salon, al mismo tiempo que aparecia en la puerta un joven como hasta de veinte y cinco años, pálido como un actor en cuaresma, desgredado como un *Ecce homo*, cariacontecido como á lo socialista Pierre Leroux, y modestamente ataviado como un literato español. El recién venido se dirigió á Ventura con los brazos abiertos, y en tanto que le estrujaba á su sabor, hizo llover sobre él esta nube de preguntas: — ¿Dónde te metes que no se te vé en ninguna parte? ¿Cómo estás? ¿En qué te ocupas? ¿Cuántas queridas tienes? Dame un cigarro.

— Por ahí debieras de haber empezado, contestó Ventura sin alterarse. Para pedir un cigarro no son necesarios tantos circunloquios ni tantos abrazos. Ya sé que me quieres mucho y mucho mas aun á mis begueros.

— Tú siempre con tus chistes, Ventura venturoso.

— ¿A cómo se cotiza la literatura?

— Chico, á seis grados bajo cero: los editores son los cafes de la civilización. Admírate, no encuentro quien me compre una elegía que he escrito á la muerte del Chiclanero. Sin embargo, estoy en crisis, en vísperas de lanzar al mundo un tomo de poesías que espero harán ruido.

— ¿Originales?

— ¡Pues no! Ventura, te hablo con franqueza, es lo mejor que ha salido de mi pluma. Creo que en mi colección hay algo de la galanura de Zorrilla, de la valentía de Byron, de la ternura del Tasso, del genio de Goethe, de la originalidad de Dumas, de la melancolía de Lamartine, de la fe de Chateaubriand, del espíritu caballeresco de Walter Scott, del sombrío romanticismo de Ana Radcliff, del sentimiento de Arolas y de la energía de Schiller. Tengo esperanzas de que con la publicación de mis poesías voy á colocarme en primera línea entre los escritores españoles.— Dame un cigarro.

— Una de dos, ó el público es un estúpido, en cuyo caso es preciso emigrar á la Australia, ó no puede menos de hacer fortuna un libro en que hay tres leyendas del rey D. Pedro, una composición á Espartero, dos sonetos á la catedral de Toledo, una oda á la inauguración del ferrocarril de Villasequilla, varias composiciones patrióticas, un acróstico doble á la espada de Luchana, un romance á mi Laura, una oriental que á la legua huele á palmito, unas seguidillas á la muerte del obispo de Cádiz y todo lo demás que viene al caso.— ¡Magnífico habano! Dame otro para luego.— En fin, voy á dejar tamañitos á muchos poetillas que gozan de una reputación usurpada al verdadero mérito. Esto último no lo digo por mí.

— ¿Y cuando podremos leer ese prodigio?

— Ya te lo anunciarán las gacetillas con un mes de anticipación; desde ahora puedo asegurarte que será pronto, porque ando bebiendo los vientos tras de una muchacha á cuya conquista pondrá fin la corona de gloria que va á circundar mis sienes. Es el alma mas delicada que Dios ha echado al mundo.

— Por supuesto que tu obra irá precedida de un prólogo escrito por...

— Por mí. Empiezo diciendo que he compuesto mis poesías en los ratos de ocio, (como si todo hombre hubiera de tener por precisión sus ratos de ocio, ó el ocio fuera una virtud de qué poder envanecerse;) añado que ofrezco mi obra al público *sin pretensiones de ningún género*, confiado en su *proverbial indulgencia*; que nunca hubiera dado á la estampa mis versos, *símbolo de mis alegrías y de mis dolores* (cosas ambas que deben importar mucho á las generaciones presentes y porvenir,) á no habérmelo suplicado así *varios amigos*, deseosos de que no viva en la *oscuridad* un sugeto de mis prendas. Y cierro el prólogo con aquello de *soy joven, Vds. perdonarán, cuando sea mas granadito lo haré mejor, yo respetaré el fallo que van á pronunciar, etc., etc.* — Dame un cigarro para la noche.

Yo estaba en brasas. Comparando la aparente modestia de aquel joven con la gran dosis de amor propio que en realidad tenia, resultaba un *deficit* tan enorme, que juré no creer por mas tiempo en las á veces humillantes protestas de abnegación con que muchos escritores suelen dar comienzo á sus libros. Por lo visto, cada hombre trae al mundo su porción de modestia, que va gastando según se le ofrece, y los hombres de

letras, como se dice ya en la patria de Cervantes, la *malgastan* en el primer prólogo que borrajean ó en el primer prospecto que enjaretan.

Abandonamos la pastelería de Lhardy, situada, como todo el mundo sabe, en la misma calle que otra pastelería no tan célebre en los fastos culinarios, pero mas famosa en los del mundo político. Los diputados acudían presurosos al palacio del Congreso.

— ¿Conoces á aquel? me preguntó Ventura.

— No.

— Es... diputado por...

— ¿El que pronunció ayer un brillante discurso en defensa de la moralidad?

— El mismo.

— Debe ser hombre de costumbres muy rígidas.

— ¡Ya lo creo! En su juventud fué bastante loco, pero en el día no tiene mas que tres queridas y un si es no es de afición al juego. El que le acompaña es tambien *representante del pueblo*, segun han dado en decir, como si las clases que no son *pueblo* no estuvieran representadas en la Asamblea.

— Ya le conozco; es el que propuso dias pasados un recargo en la contribucion de inmuebles.

— Buen cuidado tuvo de no pedir el mismo aumento en la de cultivo y ganadería. Es propietario de una cabaña magnífica.

— ¿Y ese que entra ahora en casa de la marquesa, quién es?

— Un *quidam* andaluz que pasa por ser el amigo íntimo de la señora, pero que en realidad lo es mas de la doncella. Observo que te vas quedando meditando, como si todo lo que te digo no lo tuviera olvidado el niño mas niño de nuestros dias. ¿Qué es lo que se ve? Lo aparente, lo falso. ¿Qué es lo que no se ve? Lo verdadero, lo positivo. El que se fija una vez en estas cosas, vive tranquilo como un monge de la Trapa. Repara y dime qué ves en los escaparates de esas lujosas tiendas.

— Telas riquísimas, adornos de exquisito gusto, relojes, piedras preciosas...

— ¡Eres un inocente! Yo veo ahí la posesion de mujeres hermosas, la llave de lujosos salones, el corazon de la inocencia, la sonrisa fascinadora del vicio, el respeto de los mas, la consideracion de los menos, las lágrimas de la gratitud, la fama póstuma, la inmortalidad... ¿qué se yo?... el nombre de mi descendencia. Todos esos objetos juntos forman el caudal de un príncipe, divididos en cierto número de partes, el de otras tantas personas de alta posicion, y cada uno de por sí, el de un número inmenso de individuos de las clases inferiores. ¿Y quién sabe lo que puede un hombre árbitro de la felicidad, siquiera sea momentanea de una parte de sus semejantes?

— ¿Segun eso no crees en la virtud?

— No creo en nada de lo que se ve. Creo en la virtud, porque no se ve.

Ventura iba á continuar; pero se detuvo al oír su nombre pronunciado por una voz de mujer con marcada coquetería.

— A los piés de Vd., Asuncion.

— Me alegro de hallar á Vd., tengo que hablarle.

— ¿Soy tan dichoso que necesita Vd. emplearme en su servicio?

— Allá verémos. Vaya Vd. por casa.

— ¿Cuándo?

— A la hora que guste.

— No faltaré.

— Gracias. A propósito; ¿sabe Vd. que mi marido me escribe desde Gracia que dentro de pocos dias estará en Madrid con su regimiento?

— Ya lo había conocido, murmuró Ventura en voz baja, y añadió: ¿Si? Pues me alegro: así veré á Vds. felices.

— Adios, Ventura.

— ¿Qué me contestas ahora? preguntó Ventura, después que Asuncion se hubo alejado.

— Veo lo que no quisiera, que tienes razon. Desde hoy...

— ¿Qué?

— Nada: cuando acabe un artículo diré que me parece muy bueno.

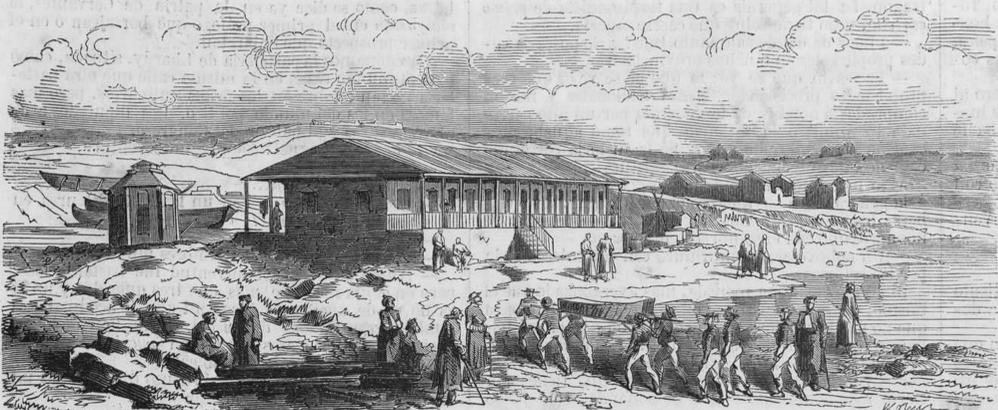
CÁRL. DE PRAVIA.

### Sebastopol.

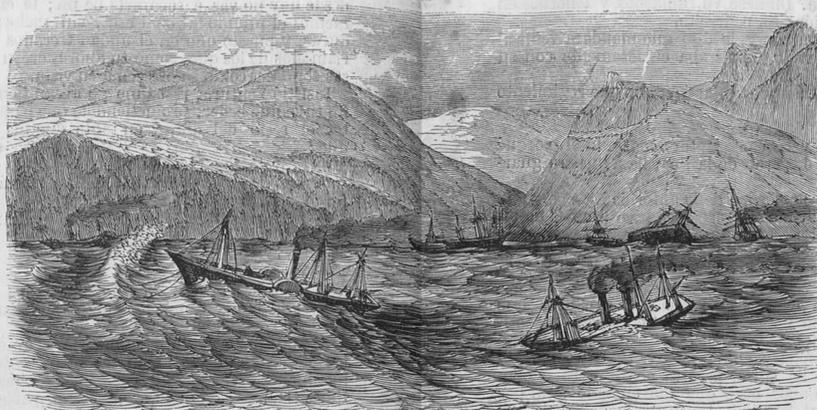
NUEVOS PORMENORES SOBRE LA BORRASCAS DEL 14 DE NOVIEMBRE. — NOTICIAS DEL TEATRO DE LA GUERRA.

Desde mi última del 12 han ocurrido varios acontecimientos; primero debo participar á Vds. que nos han llegado muchos refuerzos así como á los ingleses, y que se esperan otros; el sitio hasta el día 20 no ha presentado muchas peripecias. Los rusos intentaron otra salida, pero fueron completamente rechazados. En el bastión del Mat se han apagado mucho los fuegos. El cuerpo de ingenieros trabaja activamente, ya está hecha la tercera paralela y sus obras llegan á 250 metros de la plaza. La marina tiene hoy cerca de 70 piezas en batería de 80 y 30 que forman 6 baterías servidas por los marineros de la escuadra de los cuales han desembarcado unos 3000.

Volviendo al horrible huracan del 14, diré á Vds. que nada en la noche ni la víspera presagió tan funesto acontecimiento. La brisa principió á refrescar entre siete y ocho de la noche; hacia mucho viento, y la bri-



Hospital de la marina en la bahía oeste de Kamiesh.

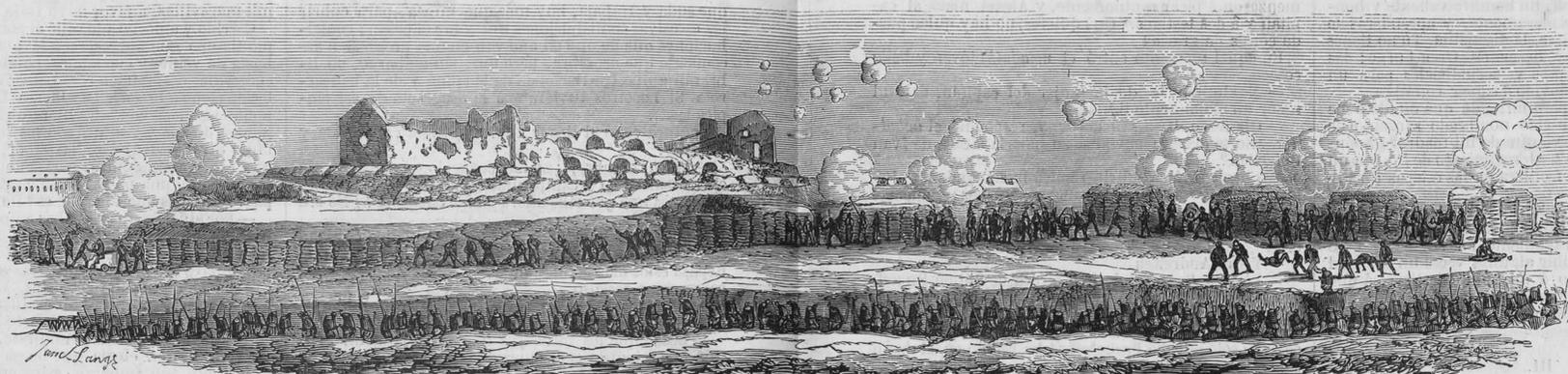


La bahía de Balaklava, después de la borrasca.



Casa llamada del Observatorio.

sa soplaba del Sur. A las ocho y media se había declarado un huracán violento; la mar se ponía horrorosa; el polvillo que traía el aire era tan intenso que impedía distinguir a veinticinco pasos; solo se percibían los palos de los buques. El tiempo estaba oscuro; á las nueve muchos buques mercantes principiaron á zozobrar; el vapor *el Egyptien*, se fué á pique, otros pequeños vapores dejaron la rada, y el transporte núm. 40 fué arrojado contra la costa. A las diez el viento cambió al Oeste; las embarcaciones sorprendidas por la ráfaga se vieron obligadas á arrimarse á la costa para salvar las tripulaciones. A las diez y media la fragata la *Pandore*, en donde yo estoy, se encalla á proa, un momento después llegan otros buques á la costa, y entre tanto se teme mucho por la suerte de la *Katcha*. En cuanto á la parte de la escuadra anclada en Kamiesh se



Bateria de la marina nº 3, en frente del bastion del Mat.

ve magníficos transportes, entre los que se contaba el *Prince*, uno de los mejores vapores de la marina inglesa, se perdieron cuerpos y bienes; solo se han salvado veinticinco ó treinta hombres de trescientos que eran. Muchas fragatas de vapor perdieron la arboladura, entre ellas *el Flowrens* y *el Devastateur*. Del otro lado de las posiciones de la escuadra en Katcha, los desastres no han sido menores; trece buques han ido á la costa, pero ninguno de guerra; un transporte francés se fué á pique bajo el telégrafo de Sebastopol; la tripulación pudo salvarse. Un navio turco se quedó sin arboladura, así como *el Samson* y la *Terrible* fragatas inglesas. El navio almirante la *Ville de Paris* perdió una ballenera y cinco hombres, y sufrió algunas averías, así como otros buques. Los ingleses no han sufrido ménos que nosotros. En el instante en que los buques prin-

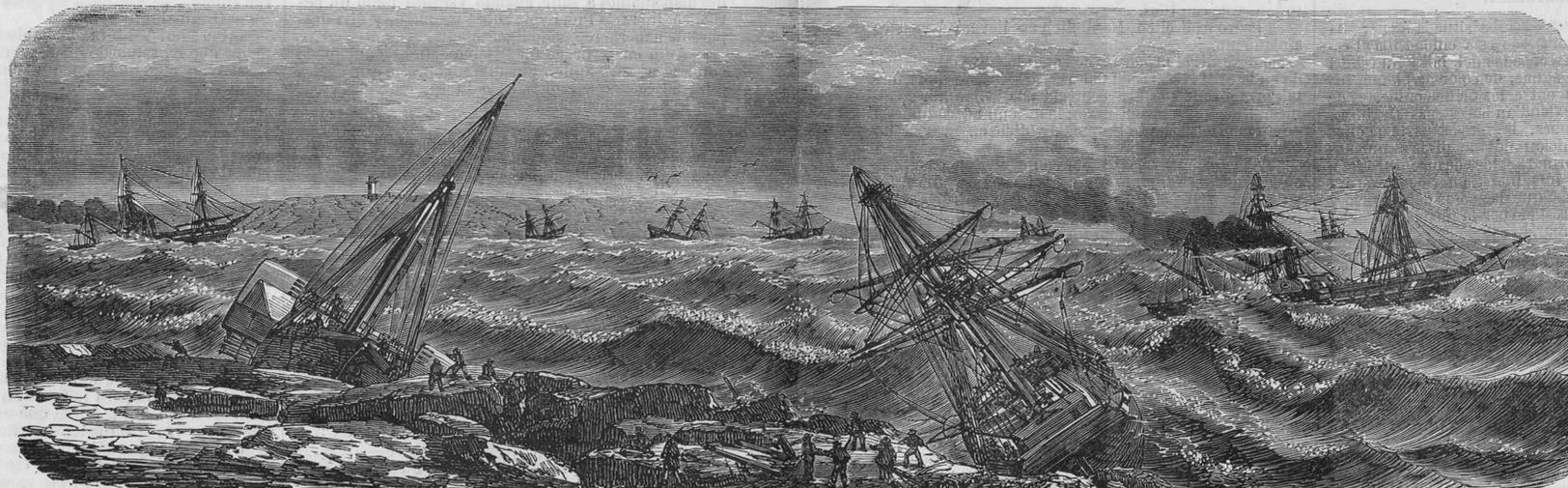


Cabo y faro Quersoneso.



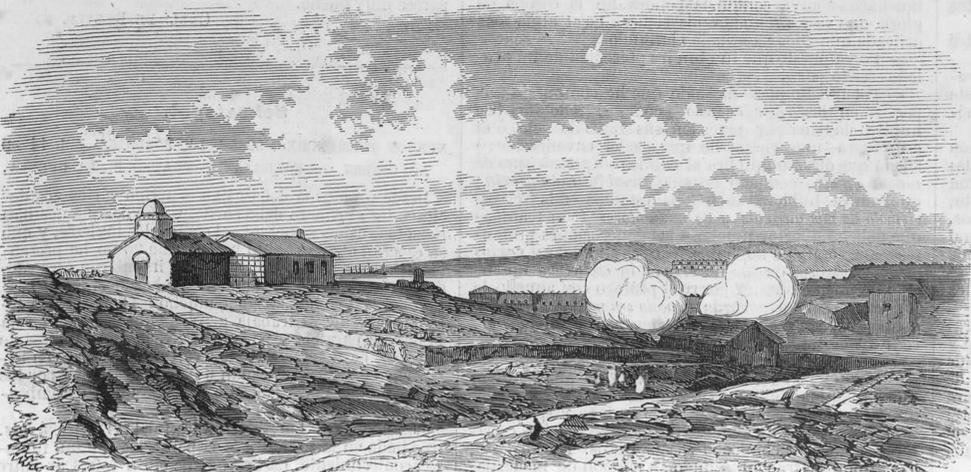
El fuerte Genovés.

la distingue por momentos en medio de las ráfagas. Todos los navios se sostienen, aunque á duras penas. A las doce y media el huracán pasa al O. S. O., las ráfagas de viento son terribles y principia á caer nieve y granizo; una corbeta de vapor inglesa pide socorro en la bahía del Oeste. A la una y algunos minutos un buque mercante es arrojado sobre la punta S. O. Hay buques que zozobran hasta en el fondo del puerto mismo; las embarcaciones de salvamento desencallaron á la *Pandore*. A las cuatro la brisa principió á variar del O. S. O. al O.; la mar estaba horrible; á eso de las seis la brisa calmó un poco, lo que procuró algo de descanso. En la noche dos ó tres buques mas, vienen á la costa, y otro la *Esperanza* de Cívita Vecchia cargado de húsares y de caballos, pierde sus húsares y todos sus caballos se ahogan; la tripulación quedó presa, ménos el capitán que murió, lo que le estuvo bien merecido, pues parece que en vez de pensar en salvar á sus hombres se apresuró á llevar á tierra una pacotilla de mercancías, y luego volvió por mas géneros habiéndose ahogado en el camino.

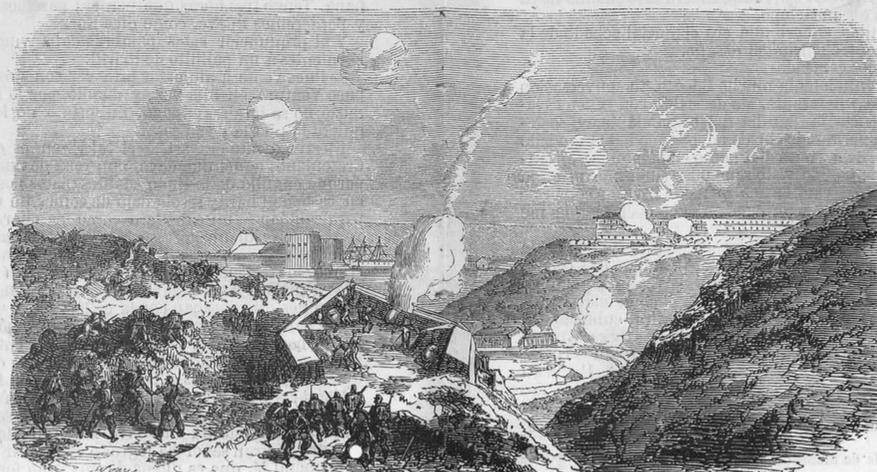


Pérdida del *Danubio*, vapor de guerra inglés, y de un transporte, en la bahía oeste de Kamiesh.

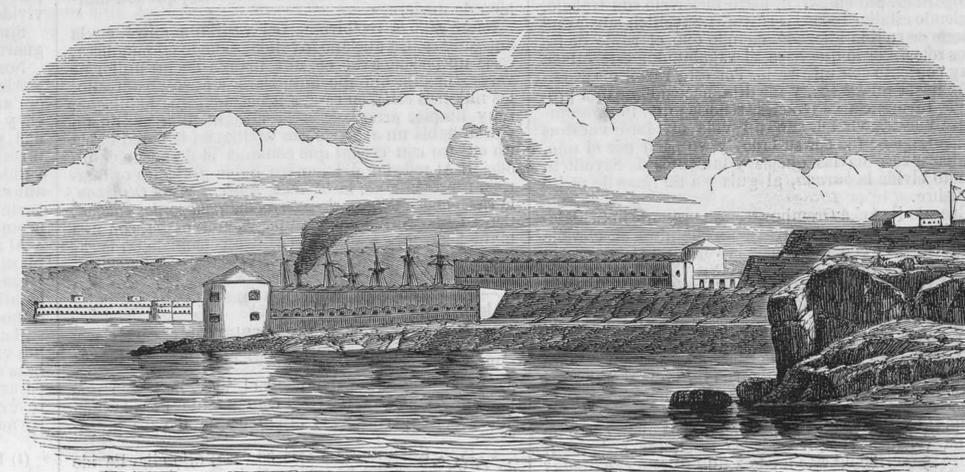
Al embate de uno de aquellos buques, no pudo resistir la corbeta de vapor *Pluton*, y á su vez hubo tambien de irse á pique. El vapor *Ville de*



Capilla y casa del Lazareto entre el fuerte Genovés y la Cuarentena.



Bateria de los Coheteros.



El fuerte de la Cuarentena, abajo de la capilla del Lazareto.

*Perpignan*, despues de luchar vigorosamente contra la tempestad, se dirigió á la costa á todo vapor. A las seis de la tarde, en fin; el *Henri IV*, de 400 cañones, rotas sus cuatro cadenas, y no pudiendo ya resistir la fuerza del viento, ha ido como los demás á dar contra la costa. En la noche se ha perdido tambien un navio turco.

En tanto que, procurando prestar auxilio á las tripulaciones de aquellos buques, corria al sitio del naufragio la pequeña guarnición de Eupatoria, vino á agravar la situacion de unos y otros, la complicacion de presentarse los rusos en número de 6 á 7,000 hombres con 14 piezas de artillería, que puestas á 600 metros de la plaza empezaron un fuego vivísimo que duró por espacio de una hora, al cabo de la cual se retiraron, maiparados por el nuestro.

El navio turco se ha perdido; el *Henri IV* está derecho sobre la quilla; no hace agua pero está enarenado, podrá salvarse; su tripulacion está dentro de él y no corre peligro ninguno. El *Pluton*, partido por la mitad, está perdido; pero se ha salvado toda su tripulacion.

En mas de 60 millones se calculan las pérdidas de los aliados en esta catástrofe.

El 15 se han principiado obras de fortificaciones para cubrir el espacio comprendido entre la extremidad izquierda de nuestras trincheras y el fuerte *Genovés*, cubriendo así toda la cuarta division. Las tropas principian á tomar sus precauciones contra el invierno: las tiendas se reemplazan con chozas de tierra, de piedra y de madera, etc. Se hacen los mayores esfuerzos para dar á los soldados la mejor racion posible. Toman café todas las mañanas, pan y carne tres veces por semana, y vino el juéves y el domingo. El estado sanitario es bastante satisfactorio; en este momento casi todos los heridos han salido ya para Constantinopla.

Actualmente se han cambiado las posiciones de las escuadras; todos los navios han vuelto al Bósforo excepto el *Montebello*, el *Alger* y el *Márengo* que estan en la bahía de Kamiesh; otros buques de vapor fondearán fuera de la bahía. Los ingleses hacen lo mismo.

Entre los dibujos que envío, hay varios de la mayor importancia para la historia del sitio, y á la simple vista conocerán Vds. que no es muy agradable copiarlos de cerca.

En la casa del Observatorio hay constantemente un oficial de estado mayor que vigila los movimientos de la ciudad; está prohibido el ir allí, y solo yo he podido alcanzar permiso para ello; estoy acabando ya una vista muy grande de la ciudad.

El faro Quersoneso habia sido destruido por los rusos, los ingleses le han restablecido y ahora le encienden todas las noches.

Para sacar el dibujo de la Cuarentena y de la capilla del Lazareto, he tenido que acercarme hasta 400 metros de las obras de los rusos, fuera de todas nuestras líneas las mas avanzadas y aun de los centinelas.

Próximamente enviaré á Vds. nuevos dibujos.

D. B.

## LA HIJA DEL CAPITAN.

NOVELA ESCRITA POR ALEJANDRO PUCHKINE.

(Continuacion.)

— Tú no temes á Dios, bandido, dijo Savelitch inco- modado. Tú ves que el niño no tiene aun su cabal razon, y te complaces en saquearlo, abusando de su buen corazon. ¿Qué falta te hace á tí un *tulup* de señor? Ni siquiera podrias ponértelo sobre tus malditos robustos hombros.

— Te ruego que no la echés de gracioso, dije á mi pedagogo; trae pronto el *tulup*.

— ¡Oh, señor, Dios mio! exclamó Savelitch gimien- do. ¡Un *tulup* de pieles de liebre y completamente nue- vo! ¿A quién se lo dan? A un borracho destrozado...

El *tulup* fué no obstante traído.

El bribon del guia se lo probó en seguida. El *tulup*, que me venia ya corto, era con efecto demasiado estre- cho para él. Sin embargo, logró metérselo con trabajo, haciendo estallar todas las costuras. Savelitch lanzó una especie de rugido ahogado, cuando oyó el ruido de los hilos rotos. Por lo que hace al vagabundo, este estaba muy contento con mi regalo. Por esta razon se acom- pañó hasta mi *kibitka*, y me dijo, haciéndome una pro- funda reverencia: « Gracias, señoria; que Dios recom- pense vuestra virtud. En mi vida olvidaré vuestras bandadas. » Se fué por su lado, y yo partí por el mio, sin hacer caso de las quejas y lamentos de Savelitch. Pronto olvidé la *burana*, al guia y á mi *tulup* de pieles de liebre.

Cuando llegué á Oremburgo, me presenté inmedia- tamente al general. Encontré á un hombre de elevada estatura, pero encorvado por la vejez. Sus largos cabel- los eran blancos como la nieve. Su viejo y raído uni- forme recordaba á un soldado del tiempo de la empera- triz Ana, y sus discursos tenian un acento aleman muy marcado. Le entregué la carta de mi padre. Leyendo su nombre me echó una ojeada rápida: « ¡Dios mio! dijo, ¡hace tan poco tiempo que Andrés Petrovitch era de tu edad, y ahora qué bribon de hijo que tiene! ¡Ah! el tiempo, el tiempo... » Leyó la carta, haciendo á cada paso comentarios: « Señor, espero que Su Excelencia... ¿Qué significan estos cumplimientos? ¡Bah! ¿cómo no le da vergüenza? Sin duda, la disciplina ante todo; ¿pero se escribe de este modo á un antiguo camarada?

« Vuestra Excelencia no habrá olvidado... ¡Hem!... y... cuando... á las órdenes del difunto mariscal Munich... durante la campaña... lo mismo que... la pequeña Car- olinas... » « ¡Ah, ah! ¡se acuerda de nuestras antiguas travesuras! » Ahora hablemos de negocios... Os envío á mi travieso... » « ¡Caramba! tenerlo con guantes de puerco espin... ¿Qué significa tenerlo con guantes de puerco espin? Ese debe ser un refran ruso... ¿Qué es tener con guantes de puerco espin? repuso volviéndose hácia mí.

— Eso significa, le contesté con el aire mas inocente del mundo, tratar á uno con bondad, no muy severa- mente, dejarle mucha libertad. Eso significa tener á uno con guantes de puerco espin.

— ¡Ya comprendo!... « Y no darle libertad... » No; parece que guantes de puerco espin significa otra cosa. « Adjunto su diploma... » ¿Dónde está? ¡Ah! aquí... « Alistarlo en el regimiento Semenofski... » Bueno, bueno, se hará lo que se debe... « Permittedme abraza- ros sin cumplimento y... como un antiguo amigo y camarada. » Por fin se ha acordado. « Etc., etc... »

— Vamos, mi querido padrecito, dijo despues de haber acabado de leer la carta y de poner mi despa- cho á un lado, todo se hará: tú serás oficial en el regi- miento de \*\*\*, y para no perder tiempo irás desde ma- ñana al fuerte de Belogorsk, en donde servirás á las ór- denes del capitán Mironoff, un hombre valiente y hon- rado. Allí servirás verdaderamente, y aprenderás lo mas esencial para el militar, la disciplina. Tú no tienes absolutamente nada que hacer en Oremburgo; las distracciones son peligrosas y perjudiciales para un jóven como tú. Hoy te convidó á comer conmigo.

Peor que peor, pensé para mí; ¿de qué diantres me habrá servido el haber sido nombrado sargento de guardias casi al salir del vientre de mi madre? ¿Adón- de me ha conducido eso? Al regimiento de \*\*\*, y á un fuerte abandonado en la frontera en las estepas Kirghis- ses-Kaisaks.

Comí en casa de Andrés Karlovitch, en compañía de su antiguo ayudante de campo. La severa economía de Alemania reinaba soberanamente en su mesa, y yo creo que el terror de recibir algunas veces un huésped mas no habia sido ageno á mi súbito destierro á una guarnicion lejana.

Al dia siguiente me despedí del general, y partí para mi destino.

### III.

#### LA FORTALEZA.

La fortaleza de Belogorsk estaba situada á cuarenta kilómetros de Oremburgo. Desde esta ciudad iba el ca- mino por las márgenes escarpadas del laik. No estaba aun el rio helado, y sus aguas, de color de plomo, to- maban una tinta negra entre las orillas cubiertas de nieve. Delante de mí se extendian las estepas kirghises. Yo me perdía en reflexiones, la mayor parte de ellas tristes. La vida de guarnicion no me ofrecia muchos atractivos; trataba de formarme idea de mi futuro jefe, el capitán Mironoff. Me imaginaba un viejo severo y moroso, no sabiendo mas que las cosas del servicio y dispuesto á enviarme arrestado por la menor vagatela. El crepúsculo llegaba; marchábamos con bastante ce- leridad.

— ¿Estamos léjos de la fortaleza? pregunté al co- chero.

— Desde aquí se ve, respondió.

Me puse á mirar por todas partes, esperando ver ele- vados bastiones, una muralla y un foso. Pero no ví nada mas que una villa rodeada con una estacada de madera.

— ¿Dónde está la fortaleza? pregunté admirado.

— Ahí está, replicó el cochero, señalándome la pobla- cion en que íbamos á entrar.

Cerca de la puerta ví un cañon viejo de hierro. Las calles eran estrechas y tortuosas; casi todas las casas estaban cubiertas de tejados de paja. Mandé que me llevaran á casa del comandante, y casi al punto se paró mi *kibitka* delante de una casa de madera, construida sobre una eminencia, cerca de la iglesia, que era tam- bien de madera.

Nadie salió á recibirme. Del vestibulo entré en la antecámara. Un anciano inválido, sentado en una mesa, cosia un pedazo azul en una manga de un uniforme verde. Le dije que me anunciara. « Entra, padrecito, los nuestros están en casa. » Penetré en una habitacion muy limpia, arreglada á la antigua usanza. En un rincón habia un armario con vagilla. En la pared habia un cuadro con cristal que contenia el despacho de un oficial. Al rededor del cuadro habia grabados ordina- rios, representando la *toña de Kustrin* y de *Otchakou*, la *eleccion de novia* y el *entierro del gato por los ratones*. Cerca de la ventana habia una vieja sentada, con una manteleta sobre los hombros, y un pañuelo en la ca- beza. Estaba entretenida en devanar una madeja de hilo que la tenia un viejecito tuerto, vestido de oficial.

— ¿Qué desea Vd., padrecito? me dijo ella sin dejar su labor.

Respondí que habia ido para entrar en el servicio, y que segun la regla acudia á presentarme al señor ca- pitan.

Al decir esto, me volví hácia el viejecito tuerto que habia juzgado yo que era el comandante. Pero la bue- na señora interrumpió el discurso que llevaba prepa- rado.

— Ivan Kuzmitch no está en casa, dijo ella. Ha ido de visita á casa del padre Garassin. Pero lo mismo es,

yo soy su esposa. Dignese Vd. amarnos y tenernos en su gracia (1). Siéntate, padrecito.

Llamó á una criada y le dijo que mandara venir al *uriadnik* (2). El viejo me miraba curiosamente con su ojo único.

— ¿Me atreveré á preguntar á Vd. en que regimiento ha servido Vd.?

Satisfice su curiosidad.

— ¿Y me atreveré á preguntar, continuó él, porqué se ha dignado Vd. pasar de la guardia á nuestra guar- nicion?

Respondí que por orden de la autoridad.

— ¿Probablemente por acciones poco propias de un oficial de la guardia? repuso el infatigable pregun- tador.

— ¿Quieres acabar de decir necedades? le dijo la capitana. Bien ves que el jóven está cansado del ca- mino. Otra cosa tiene que hacer mas necesaria que responderte. Ten mejor el hilo. Y tú, padrecito, conti- nuó ella volviéndose hácia mí, no te aflijas porque te hayan enviado á este sitio; no eres tú el primero, ni serás el último. Se sufre, pero se acostumbra á ello. Veá Vd., cuatro años hace que fué enviado aquí por homicidio Alexei Ivanitch. Dios sabe la desgracia que le aconteció. Hete que un dia sale de la ciudad con un teniente; habian llevado consigo sus espadas; se co- menzaron á picar mutuamente, y Alexei mató al ca- pitan y á dos testigos. ¿Qué quieres, no hay quien pue- da con la desgracia!

En aquel momento entró el *uriadnik*, jóven y bello cosaco.

— Maximitch, le dijo la mujer del capitán, dale al señor un alojamiento limpio.

— Obedezco, Basilisa Iegorovna, respondió el *uriad- nik*. ¿No se deberia enviar á su señoría á casa de Ivan Polejaieff?

— Chocheas, Maximitch, replicó la comandanta; Po- lejaieff está ya alojado con mucha estrechez; y además es mi compadre; y luego no olvida que somos sus jefes. Lleva al señor oficial... ¿cómo se llama Vd., padre- cito?

— Pedro Andreitch.

— Lleva á Pedro Andreitch á casa de Simon Kuzoff. El bribon ha dejado entrar su caballo en mi huerto. ¿Está todo en regla, Maximitch?

— Gracias á Dios, todo está tranquilo, respondió el cosaco: solo el cabo Prokotoff se ha reñido en el baño con Ustinia Pegulina por un pozal de agua caliente.

— Ivan Iguatitch, dijo la capitana, juzga á Proko- toff y á Ustinia, y castiga á los dos. — Está bien, Maxi- mitch, vete con Dios.

— Pedro Andreitch, Maximitch os llevará á vuestro alojamiento.

Me despedí; el *uriadnik* me condujo á una casa situa- da en la orilla escarpada del rio, al extremo de la for- taleza. La mitad estaba ocupada por la familia de Si- meon Kuzoff, y me destinaron la otra mitad, compuesta de un cuarto bastante limpio, dividido en dos por un tabique delgado.

Savelitch comenzó á instalarse mientras yo me puse en la reducida ventana. Ante mis ojos tenia una este- pa pelada y triste; al costado se levantaban escasa- mente del suelo algunas cabañas. Unas gallinas anda- ban por la calle. De pié en un vestibulo, con un pozal en la mano, una vieja llamaba á los cerdos, que le res- pondian con un gruñido amistoso. ¡Y en semejante país debia pasar mi juventud!... Una tristeza amarga se apoderó de mi alma; me quité de la ventana y me acosté sin tomar nada, á pesar de las exhortaciones de Savelitch, que no cesaba de repetir con angustia: « ¡Dios mio! no se digna comer. ¿Qué diria mi señora si su hijo cayera enfermo? »

Al dia siguiente, apenas habia comenzado á vestirme, se abrió la puerta de mi habitacion. Entró un oficial jóven de pequeña estatura y facciones regulares, aunque su rostro tostado tenia una notable vivacidad.

— Perdóneme Vd., me dijo en francés, si vengo sin cumplimiento alguno á conocer á Vd. Ayer supe que habia Vd. llegado, y el deseo de ver á una figura hu- mana se ha apoderado de mí de tal manera, que no he podido resistir á él. Vd. comprenderá esto cuando haya vivido aquí algun tiempo.

Sin dificultad conocí que era el oficial echado de la guardia á consecuencia del desafío.

Nos hicimos conocidos.

Alexei Ivanitch tenia mucho talento. Su conversacion era animada, interesante. Me describió con mucha gra- cia y elocuencia la familia del comandante, su socie- dad, y en general todo el país adonde me habia enviado mi estrella. Reia yo cordialmente cuando el mismo in- válido á quien habia visto remendar su uniforme en la antecámara del capitán, entró y me invitó á comer de parte de Basilisa Iegorovna. Alexei declaró que me acompañaba.

Al acercarnos á casa del comandante, vimos en la plaza á una veintena de viejecitos inválidos con coletas largas y sombreros de tres picos. Estaban formados en batalla. Delante de ellos se hallaba el comandante, an- ciano fresco todavia, de elevada estatura, cubierto con su bata y un gorro de algodón en la cabeza. Apenas nos vió, se vino hácia nosotros, me dirigió algunas pala- bras afables y volvió á mandar el ejercicio. Íbamos á pararnos para presenciar las maniobras, pero él nos rogó que fuéramos sin detenernos á ver á Basilisa Iego- rovna, prometiendo que pronto nos seguiria. « Aquí,

(1) Fórmula de afable urbanidad.

(2) Oficial subalterno de cosacos.

nos dijo, no tienen Vds. nada ciertamente que ver. »  
Basilisa nos recibió con sencillez y bondad, y nos trató como si fuéramos amigos antiguos. El inválido y Palachka ponían el mantel.

— ¿Porqué instruirá tanto tiempo hoy á sus soldados mi Ivan Kuzmitch? dijo la capitana. Palachka, vé á buscarlo para que venga á comer. ¿Pero dónde está Matcha (1)?

Aun no habia acabado de pronunciar este nombre, cuando entró en el cuarto una jóven de diez y seis años, de cara redonda, encendida, con los cabellos lisos, recogidos por debajo de las orejas, encendidas por el rubor.

No me agradó extremadamente al primer golpe de vista; la miraba con prevención. Alexei me habia pintado á María, como estúpida. Fuese á un rincón y se puso á coser.

Entre tanto habian traído el *chtchi* (2). No viendo venir á su marido, Basilisa Iegorovna envió por segunda vez á Palachka á que lo llamara. «Dí al amo que las visitas esperan; que el *chtchi* se enfria. Gracias á Dios, el ejercicio puede volverlo á empezar y continuarlo hasta que se harte.»

El capitán se presentó acompañado del viejecillo tuerto.

— ¿Qué es eso? padrecito, la mesa está dispuesta rato hace, dijo la esposa, y no se logra hacerte volver.

— ¡Lo ves! Basilisa Iegorovna, respondió Ivan Kuzmitch, estaba enseñando el ejercicio á mis soldados.

— ¡Ba! ¡ba! repuso ella, esa es una habladuría. Ni les gusta el servicio, ni tú lo entiendes. Tú debías haberle quedado en casa haciendo oración; esto te convendría mas. Mis queridos convidados, sientense Vds. á la mesa, se lo ruego á Vds.

Así lo hicimos.  
Basilisa Iegorovna no cesaba de hablar, y me abrumaba á preguntas: quienes eran mis padres, si vivían, donde habitaban, qué fortuna poseían. Cuando supo que mi padre tenía trescientos paisanos:

— ¡Vé Vd.! exclamó, ¡qué gentes tan ricas hay en este mundo! Y nosotros, padrecito, no tenemos mas alma que á la criada Palachka. Y sin embargo, gracias á Dios vivimos poco á poco. Un cuidado solo tenemos, María, una hija que hemos de casar. ¿Y qué dote tiene? un peine y un real para bañarse dos veces al año. ¡Con tal que encuentre un buen hombre! sino, se quedará eternamente soltera.

Eché una ojeada á María Ivanovna; se habia puesto como la grana y las lágrimas caían á su plato. Me compadecí de ella y me apresuré á cambiar de conversacion.

— He oído decir, dije con bastante oportunidad, que los bachkirs se proponen atacar vuestra fortaleza.

— ¿Quién te ha dicho eso padrecito? repuso Ivan Kuzmitch.

— En Oremburgo he oído hablar de ello, contesté.

— Locuras, replicó el comandante, nosotros no sabemos nada de eso; mucho tiempo hace que no se susurra la menor cosa acerca de ese particular. Los bachkirs son un pueblo intimidado, y los kirghises han recibido buenas lecciones. No se atreverán á embestirnos, y si lo intentan, les imprimiré tal terror, que no volverán á moverse en diez años.

— ¿Y no teme Vd., continué dirigiéndome á la capitana, vivir en una fortaleza expuesta á tales peligros?

— Cuestion de hábito, padrecito, respondió ella. Veinte años hace que nos enviaron del regimiento; no te puedes imaginar qué miedo tenía á esos malditos paganos. Si veía por casualidad sus gorras de pelo, si oía sus gritos, creelo, padre mio, mi corazón se oprimía como si fuera á morir. Y ahora estoy tan acostumbrada, que no me menearé de mi asiento, aunque vengan á decirme que esos bandidos andar al rededor de la fortaleza.

— Basilisa Iegorovna es una dama muy valiente, observó gravemente Alexei; Ivan Kuzmitch lo sabe bien.

— Cierto; no es de los doce cobardes, replicó Ivan Kuzmitch.

— ¿Y María, pregunté á su madre, es tan valiente como Vd.?

— María, respondió la capitana, no es valiente, al contrario. Hasta ahora no ha podido oír un tiro sin que se estremezca todo su cuerpo. Dos años hace ahora, cuando le ocurrió á Ivan Kuzmitch tirar un cañonazo el día de mi santo; la chica tuvo tanto miedo, pobre paloma, que estuvo á punto de irse al otro mundo. Desde aquel día no se ha vuelto á usar el cañón.

Nos levantamos de la mesa; el capitán y su mujer se retiraron á dormir la siesta, y yo fui á casa de Alexei Ivanitch, y allí pasamos la tarde.

## IV.

## EL DUELO.

Trascurrieron muchas semanas haciendo una vida en la fortaleza de Belogorsk no solo tolerable, sino divertida. En casa del comandante me recibían como á un miembro de la familia. El marido y la mujer eran personas excelentes. Ivan Kuzmitch que de soldado habia llegado á oficial era un hombre sencillo, sin educación, pero bueno y leal. Su mujer lo manejaba, cosa por otra parte, que convenia mucho á su pereza natural. Basilisa Iegorovna dirigía los asuntos del servicio

igualmente que los de la casa, y mandaba en la fortaleza como dentro del hogar doméstico. María cesó muy pronto de aparecer esquiva. Nos hicimos mas amigos. Me pareció una jóven llena de juicio y de corazón. Poco á poco me adherí á aquella buena familia, hasta al mismo Ivan Ignatich, el tejente tuerto, á quien Alexei acusaba de mantener relaciones sospechosas con Basilisa Iegorovna, lo que no tenía la menor sombra de verosimilitud. Pero eso le importaba poco á mi camarada.

Yo llegué á oficial. Mi servicio no me pesaba. En aquella fortaleza bendita de Dios, no se hacia ejercicio, ni se daba guardia, ni se pasaba revista. El comandante instruía algunos soldados por gusto. Pero aun no habia logrado enseñarles cual era el flanco izquierdo y el derecho. Alexei tenía algunos libros franceses, me puse á leerlos y se despertó en mí la afición á la literatura. Leía por la mañana, y me ensayaba en traducir, algunas veces hasta composiciones poéticas. Comía casi diariamente en casa del comandante, donde pasaba por lo comun todo el día. Por la noche venia el padre Garasim, acompañado de su mujer Akulina, la mas fuerte comadre de las cercanías. No es menester decir, que Alexei y yo nos veíamos todos los días. Sin embargo, por momentos me iba pareciendo su conversacion ménos agradable. Sus perpetuas chanzas acerca de la familia del comandante, y sobre todo sus observaciones picantes respecto de María Ivanovna me desagradaban mucho. No tenía en la fortaleza mas sociedad que la de esta familia; y no deseaba otra.

A pesar de todas las profecías, los bachkirs no se sublevaban.

La tranquilidad reinaba al rededor de nuestro fuerte. Pero una guerra intestina turbó subitamente aquella paz.

Ya he dicho que me ocupaba un poco en la literatura. Mis ensayos eran regulares para la época, y el mismo Sumarokoff (1), hizo justicia á mis trabajos algunos años mas tarde. Me ocurrió un día escribir una canción, que me pareció bien. Sabido es que con el pretexto de pedir consejos, los autores buscan un auditorio benévolo; yo copié mi cancioncita y se la llevé á Alexei, el único que podia en nuestra guarnición apreciar una obra poética.

Después de un corto preámbulo, saqué mi manuscrito del bolsillo, y le leí los versos siguientes:

« Exterminando los pensamientos amorosos (2), procuro olvidar á mi hermosa; ¡ay! ¡huyendo de María, espero recobrar mi libertad!

» Pero los ojos que me han cautivado están siempre en mi presencia. Ellos han perturbado mi alma y destruido mi reposo.

» Tú que conoces mis desdichas, María, al ver el triste estado mio, apiádate de tu prisionero.»

— ¿Qué te parece esto? dije á Alexei esperando la alabanza como un tributo que me era debido. Pero con gran disgusto mio, Alexei, que por lo regular se mostraba complaciente, me declaró francamente que mi canción no valia nada.

— ¿Porqué? le pregunté tratando de ocultar mi mal humor.

— Porque tales versos son dignos de mi maestro Trediakoski (3), cuyas estancias eróticas me recuerdan.

Cogió el manuscrito de mis manos, y se puso á analizar la composición despiadadamente verso por verso, palabra por palabra, desgarrándome de la manera mas maligna. Mis fuerzas se agotaron; le arranqué el papel de la mano y le declaré que no le volvería á enseñar en mi vida nada de lo que hiciera. Alexei se burló de mi amenaza.

— Veremos, si tú eres capaz de sostener tu palabra; los poetas tienen necesidad de un oyente, como Ivan Kuzmitch de un frasco de aguardiente ántes de comer. ¿Y quién es esa María, á quien declaras tus tiernos sentimientos y tu ardiente llama? ¿Sería por ventura María Ivanovna?

— Eso no te importa, respondí frunciendo el entrecejo. Yo no necesito tu parecer ni admito tus suposiciones.

— ¡Oh! ¡oh! poeta vanidoso y amante discreto, continuó Alexei picándome cada vez mas, escucha un consejo de amigo. Si quieres creerte, si quieres hacer alguna cosa de provecho, dejate de escribir canciones, renuncia á ese género.

¿Qué quiere decir eso, caballero? Explíquese Vd. si gusta.

— Ciertamente. Eso significa que si tú quieres que María Mironoff venga á buscarte por la noche, no necesitas mas que regalarle un par de pendientes, en vez de dedicarle tus versos sentimentales.

La sangre me hirvió en las venas. ¿Porqué tienes semejante opinion de ella? le pregunté reteniendo con mucha dificultad mi indignación.

— Porque conozco por experiencia propia sus usos y costumbres, respondió él con una sonrisa diabólica.

— Mientes, miserable, mientes desvergonzadamente. Alexei cambió de semblante.

— No quedará esto así me dijo apretándome la mano fuertemente; me dará Vd. una satisfacción.

— Cuando quieras, respondí con alegría, porque en aquel momento estaba dispuesto á hacerlo trizas.

Corrí á casa de Ivan Ignatich, á quien hallé con una aguja en la mano. Por orden de la capitana ensartaba setas que debían ponerse á secar para el invierno.

¡Ah! Pedro Andreitch, dijo apercibiéndome, sed bien venido. ¿Me atreveré á preguntar á Vd. que negocio lo trae á Vd. aquí?

En pocas palabras le manifesté que habia disputado con Alexei Ivanitch, y que le rogaba que fuera mi padrino.

Ivan Ignatich me escuchó con mucha atención, abriendo cuanto podia su ojo único. ¿Se digna Vd. decirme que quiere matar á Alexei Ivanitch, y que desea Vd. que yo sea testigo? ¿me atreveré á preguntar á Vd. si es eso lo que me propone?

— Precisamente.

— Pero, Pedro Andreitch, ¿qué locura se le ha metido á Vd. en la cabeza?

— ¿Porqué dice Vd. eso?

Ha disputado Vd. con Alexei Ivanitch, ¡vaya una cosa grande! Una injuria no se cuelga al cuello. El le ha dicho á Vd. necedades, dígame Vd. á él otras; os da un torniscon, déle Vd. una bofetada; el un segundo, Vd. un tercero, y luego cada uno tira por su lado. Mas adelante los obligaremos á Vds. á hacer las paces. Mientras que ahora... ¿Me atreveré á preguntar á Vd. si es una buena acción matar á su prójimo? ¡Y al fin, si fuera Vd. quien lo matase! Dios fuera con él, porque yo le tengo poco afecto: Pero si él lo perfora á Vd.; habrá Vd. hecho buena jugada. ¿Me atreveré á preguntar quién pagará los pucheros rotos?

Procuré explicarle del mejor modo posible cuales eran los deberes del padrino. Pero Ivan Ignatich no estaba en disposición de comprenderme. «Haga Vd. lo que quiera, me dijo. Si tuviera que tomar parte en este asunto seria para poner en conocimiento de Ivan Kuzmitch, según las reglas del servicio, que se tramaba en la fortaleza la ejecución de un proyecto criminal, contrario á los intereses de la corona, y decir al comandante cuan útil seria que discurriera las medidas necesarias.»

Tuve miedo, y supliqué á Ivan Ignatich que no dijera nada al comandante. Con mucho trabajo llegué á calmarlo.

Pero me dió palabra de callar y lo dejé tranquilo.

Como de costumbre pasé la noche en casa del comandante. Me esforcé en parecer alegre y sosegado, por no despertar ninguna sospecha y evitar preguntas importunas. Pero aseguro que no tenía la sangre fría de que hacen alarde las personas que se han hallado en la misma situación. Toda la noche me sentí predispuesto á la ternura, á la sensibilidad. María Ivanovna me agradaba mas aun que otras veces. La idea de que tal vez la veía por la vez postrera, le daba á mis ojos nuevo encanto. Alexei entró. Lo llevé á un lado y le expliqué la conversacion que habia tenido con Ivan Ignatich. «¿Para qué padrinos? me dijo secamente. No los necesitamos.»

Convinimos en batirnos al día siguiente á las seis de la mañana. Viéndonos hablar tan amistosamente, Ivan Ignatich, lleno de gozo, estuvo á punto de denunciarnos. «Mucho tiempo hace que debia Vd. haber hecho eso, me dijo con aire satisfecho; mas vale mala paz que buena querrela.»

— ¿Cómo? ¿cómo Ivan Ignatich? dijo la mujer del comandante, no he oído bien.

Ivan Ignatich, que viendo en mi rostro signos de mal humor recordó su promesa, apareció confuso y no supo que responder.

Alexei lo sacó de apuros.

— Ivan Ignatich, dijo, aprueba la paz que hemos hecho.

¿Y con quien, padrecito has disputado?

— Con Pedro Andreitch, y hasta llegar á palabras gordas.

— ¿Cómo así?

— Por una verdadera miseria, por una cancioncilla.

— Buen motivo de disputa, una cancioncilla. ¿Cómo ha sido?

— De esta manera. Pedro Andreitch ha compuesto una canción, y se ha puesto á cantármela esta mañana. Yo entoné entonces la mia:

«Hija del capitán,  
No pases á media noche.»

Como cantábamos en el mismo tono. Andreitch se ha enojado.

Pero en seguida ha reflexionado que cada uno es dueño de cantar lo que quiere, y todo se ha concluido.

La insolencia de Alexei me encolerizó, pero nadie sino yo comprendió sus groseras alusiones. Ninguno á lo ménos se hizo cargo de ellas.

De las poesías, la conversacion pasó á los poetas en general, y el comandante hizo la observacion de que todos eran unos borrachos y desordenados consumados; me aconsejó amistosamente que renunciara á las Musas, por ser la poesia contraria al servicio por una parte, no conduciendo por otra á nada bueno.

La presencia de Alexei me era insuportable. Me apresuré á decir adios al capitán y su familia. Al volver á entrar en mi casa examiné mi espada, ensayé su punta, y me acosté despues de haber dado orden á Savelitch de despertarme al día siguiente á las seis de la mañana.

(Se continuará.)

## Correspondencia del teatro de la guerra.

Pocas noticias hay que enviar por este correo. Despues del terrible huracán del 14, una parte de la es-

(1) Poeta célebre entonces, olvidado ahora.

(2) Estilo de la época.

(3) Poeta ridiculo.

(1) Diminutivo de María.

(2) Opa rusa, compuesta de carne y legumbres.

cuadra ha entrado en el Bósforo; el almirante solo ha conservado consigo el número de buques estrictamente necesarios para hacer frente á la escuadra rusa si tuviera por conveniente salir del puerto. Los ingleses han hecho lo mismo. El puerto de Kamiesh está convertido en puerto militar; en él se hallan fondeados el *Montebello*, el *Alger* y el *Marengo*; el almirante tiene su pabellon sobre el *Motezuma*.

Se han tomado las mas grandes medidas de precaucion; en cuanto suena el cañonazo, ninguna embarcacion puede entrar, salir ni circular sin un permiso. El fondeadero de Katcha se halla enteramente abandonado por nuestra escuadra, pero los

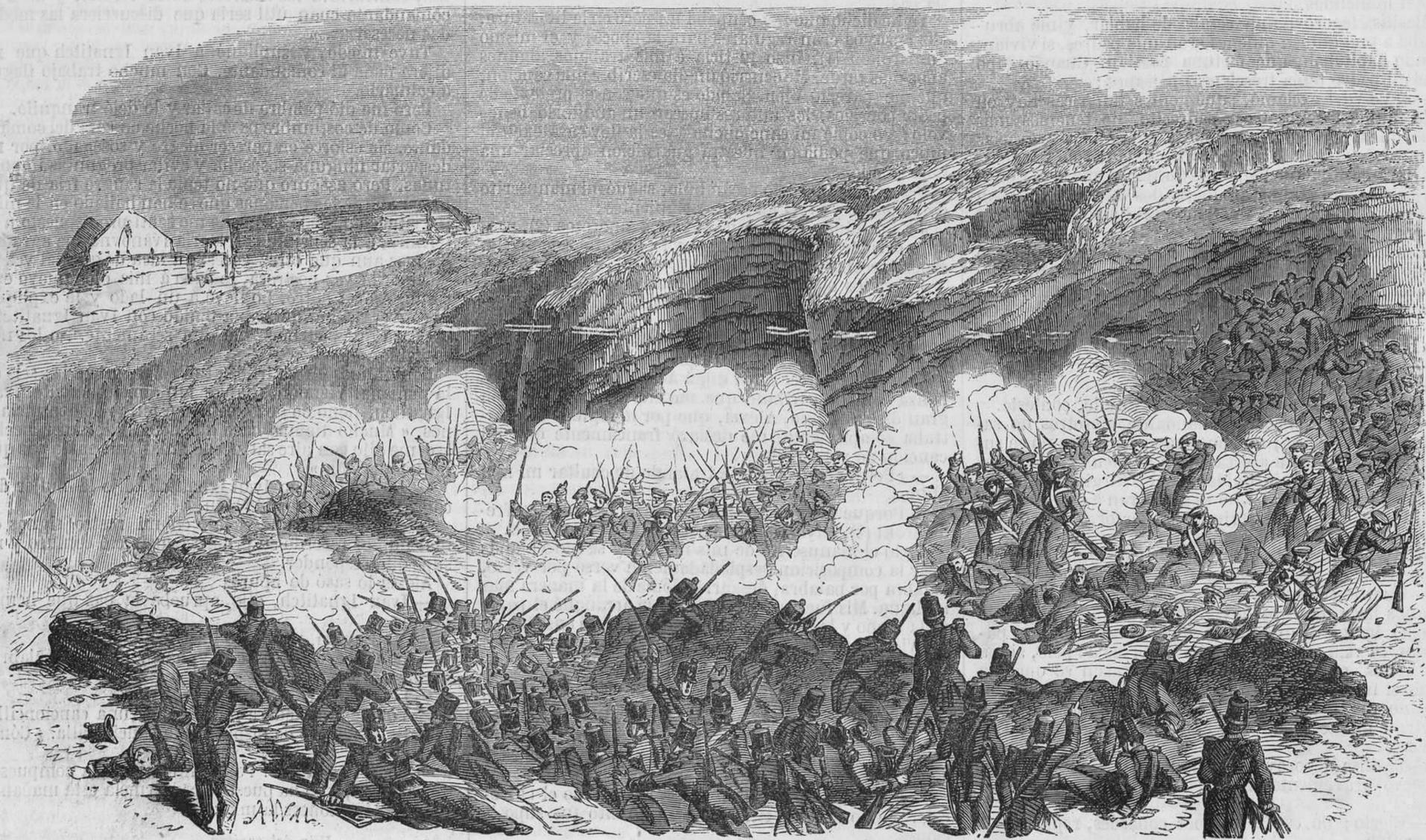


Vestidos de invierno enviados á las tropas francesas en la Crimea.

ingleses tienen aun en él siete buques. Estos dias se han enviado refuerzos á Eupatoria para reprimir la turbulencia de los cosacos que segun dicen habian atacado á la poblacion diferentes veces.

El envío que se ha hecho al ejército de capotes con cuello de paño y de gabanes de piel de carnero, han producido un efecto excelente; los soldados ven y conocen que el gobierno hace todo cuanto es posible por dulcificar los rigores de la guerra y de la estacion.

Tambien hemos recibido grandes tiendas muy sólidas y fuertes, y se esperan con impaciencia albarcas y polainas largas de lana. Los soldados no solo tienen azúcar y café todos los dias, si-

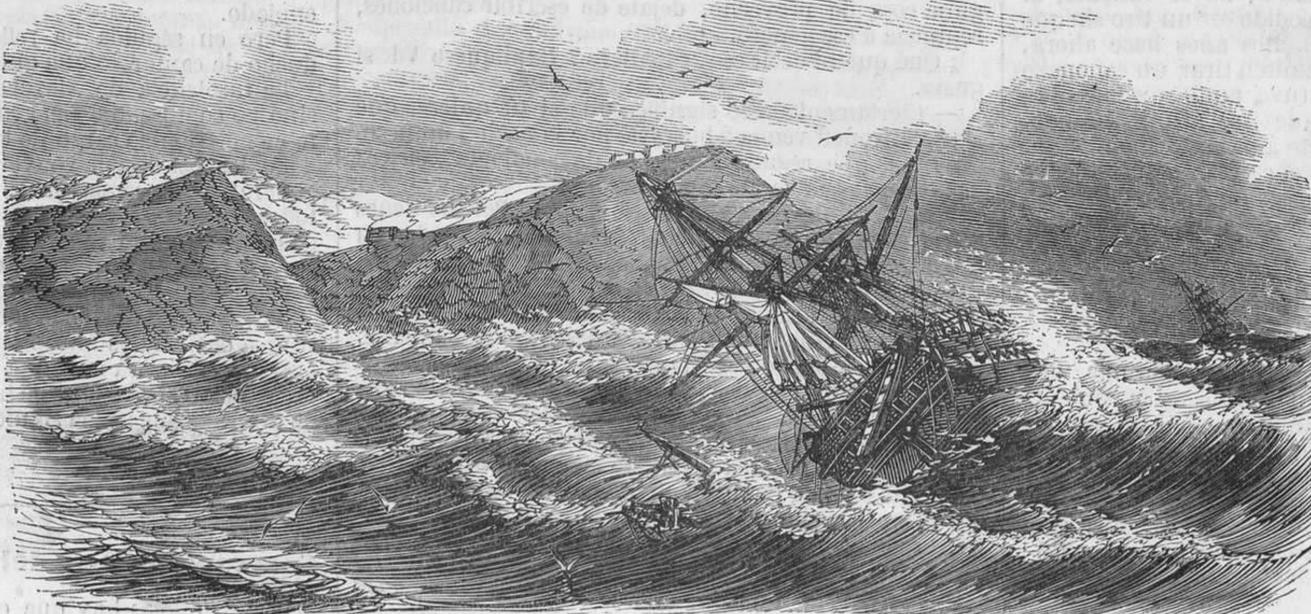


Accion sostenida por una compañía de rifleman contra los Rusos, el 20 de noviembre.

no que cada cuarenta y ocho horas les reparten vino y aguardiente; en una palabra, es difícil tomar mejores medidas que las que ha tomado el gobierno para asegurar el bienestar del ejército de Oriente.

Constantemente hay algunas escaramuzas sin contar el tiroto incesante de los cazadores. Envio á ustedes el dibujo de una de ellas, que tuvo lugar el 20 cerca de las líneas inglesas. Sobre este hecho de armas lord Raglan escribió á su gobierno el parte siguiente fechado el 23 de noviembre:

Milord duque: las avanzadas rusas, situadas á nuestra izquierda, habian to-



Nafragio de la fragata turca *Bahiré*, sobre la punta de Kara-Burnu.

mado una posicion que molestaba nuestras tropas en las trincheras y les causaba algunas pérdidas, al mismo tiempo que cogian de soslayo á los franceses ocupados en sus trabajos de atrinchamiento. De esta circunstancia tuve aviso por mis oficiales y por el general Canrobert, y dispuse que en la noche del 20 saliese á desalojar al enemigo un destacamento del primer batallon de la brigada de cazadores (*rifle brigade*) mandada por el teniente Tryon.

Este destacamento desempeñó su mision con bizarría y buen éxito; pero en este ataque hemos perdido

algunos hombres muertos ó heridos, y entre ellos al teniente Tryon, que pereció dando pruebas de gran valor; este oficial prometia mucho, yera muy apreciado de todos.

Antes de la mañana del 21, los rusos, que han hecho varias tentativas para recuperar esa posicion, han sido siempre rechazados por el teniente Bouschier, el mas antiguo del destacamento, que sigue todavia ocupando aquel cargo.

Este pequeño hecho de armas ha sido tan apreciado por el general Canrobert, que lo ha anunciado al ejército francés en una orden general del dia, en que tributa homenaje al valor de los soldados, y espresa la simpatia y el sentimiento que le causaba



Emboscada de cazadores de infanteria en frente del bastion norte de Sebastopol.

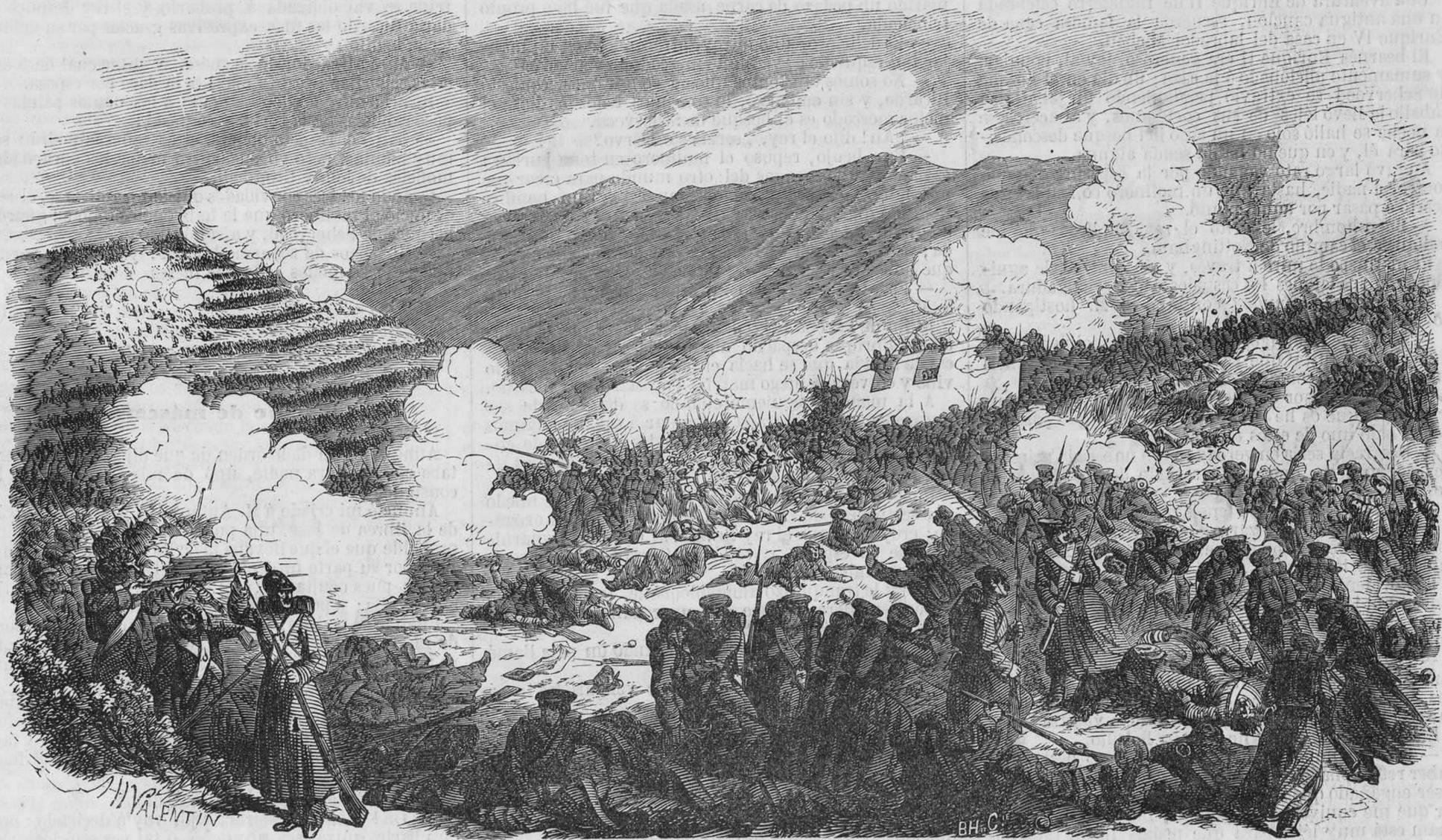
la pérdida de tan distinguido oficial.

Nada mas ha ocurrido desde el último despacho que he tenido la honra de dirigir á vuestra gracia. El tiempo ha vuelto á ponerse muy malo y la lluvia no para.

Adjunta remito una lista nominativa de los muertos y heridos en la batalla de Inkermann, y un estado de las pérdidas que en las trincheras hemos tenido hasta el 22 de noviembre.

Dos dias despues les tocó su vez á los franceses; una posicion rusa fortificada por un pequeño promontorio fué atacada y tomada por una compañía de cazadores de infanteria, y los rusos fueron arrojados hasta las puertas de la ciudad.

El cañoneo es poco



Combate del reduto durante la batalla de Inkermann, en el barranco llamado de los Zuavos.

activo desde hace algunos dias; las baterias aliadas solo tiran para decir que existen. Se están haciendo grandes trabajos que explicaré á ustedes enviando al mismo tiempo los dibujos correspondientes. Entretanto voy á retroceder en mis noticias para explicar las láminas que acompañan.

En el combate del 5 los rusos tuvieron mas pérdidas de lo que se ha creído; al retirarse destruyeron el puente de Inkermann, que sin embargo les era sumamente útil para comunicar con la ciudad. Ahora se hallan obligados á dar un gran rodeo por el valle de Bebec. No



Los rusos haciendo saltar el puente de Inkermann, despues de su derrota del 4 de noviembre.

obstante el ejército que defendia aquel punto, los rusos llevaron hasta el fondo de la bahia un navío, algunos vapores y muchas lanchas canoeras que debian proteger el lugar con su artilleria.

El dibujo del reduto, ó mejor dicho de la bateria, que envio á ustedes, representa uno de los sitios en que fué mas encarnizado el combate de Inkermann; puede decirse que en ese punto ciento cincuenta zuavos hicieron frente á mas de cuatro mil rusos, y mataron á mas de quinientos.

La bateria, que no estaba armada, se tomó y se perdió varias veces, pero al cabo los

rusos completamente derrotados, abandonaron el campo dejando mas de dos mil heridos ó muertos, en una estension de algunos centenares de metros.

En este combate pereció el coronel F. Camas; al general Bosquet le mataron un caballo y otro al general Bombaki. Desde ese día llaman á esa hondonada el *barranco de los Zuavos*.

Ya sabrán ustedes las desgracias que ha sufrido la marina turca; el almirante Hassan se perdió cuerpo y bienes con su navío el *Muphtar Deshat*; solo se salvaron doscientos cincuenta hombres de los novecientos que componían su tripulación.

En Eupatoria se perdió el navío el *Mahmoudi* con toda su tripulación.

La fragata *Bahiré* que se perdió en el puerto de Kara Burnu, no pudo salvar mas que ciento veinte hombres de los quinientos cincuenta que llevaba á bordo. He podido enterarme de algunos permenores sobre la pérdida de esta última, y conozco bastante bien el lugar de su naufragio, para poder enviar á ustedes el dibujo que le representa.

Los turcos han tenido pérdidas crueles en su material; en cuanto á las del personal las hay irreparables, como verbigracia la del almirante Hassan, egipcio, que era uno de sus mejores oficiales.

Es todo lo que puedo decir á ustedes por hoy; pienso que por el próximo correo tendré otras noticias mas importantes que comunicar.

### Enrique II en el molino de Mansfield.

Una aventura de Enrique II de Inglaterra celebrada en una antigua canción, recuerda la famosa cena de Enrique IV en casa del labrador Micheu.

El bearnés Enrique II era generoso, jovial, popular, y sumamente aficionado á la caza; un día en el bosque de Schervood se extravió persiguiendo un jabalí; su caballo le llevó lejos de sus cortesanos, y al acercarse la noche se halló solo en un sitio del bosque desconocido para él, y en que no habia senda alguna.

Anduvo largo rato vagando por la espesura sin encontrar á nadie, hasta que un molinero con su borrieco acertó á pasar por aquel punto.

— Buen hombre, le gritó el rey, suplicoos que me indiquéis el camino de Nottingham.

El molinero le miró á través, y sin contestarle aguijoneó con sus talones los costados de su cabalgadura.

— ¿Sois sordo ó mudo? continuó S. M. hostigando por su parte el caballo.

— Bien, bien, amigo, murmuró el molinero; por cierto no me gusta que se burlen de mí. Vos sabeis vuestro camino como yo el mio.

— Por mi honor que no me burlo; y si vos no contestais á lo que os he preguntado, tendré que pasar la noche bajo uno de estos árboles.

— Desgracia seria en verdad; pero no será la primera vez, segun creo, que os ha servido de habitacion el bosque.

— ¿Por quién pues me teneis?

— Por lo que sois, bizarro jóven; pero os suplico que contengais vuestro caballo permaneciendo á una respetable distancia de mí.

Era evidente que el molinero pensaba hablar con un ladron: el jóven príncipe, sonriéndose, procuró deshacer en parte su equivocacion, y le aseguró que era un caballero.

— ¡Vos caballero! replicó el molinero; me parece que teneis traza de llevar toda vuestra hidalguía con vos, y si no me equivoco os veriais apurado para cenar esta noche con el dinero que contiene vuestra bolsa.

Efectivamente, el rey no llevaba bolsillo.

— Pero no importa, continuó el villano despues de haber reflexionado un instante; quiero mas exponerme á ser engañado que faltar á la caridad: además, puede ser que me equivoque: seguidme, buen señor, Nottingham está muy lejos para que podais llegar esta noche, y si verdaderamente sois un hombre honrado, no dormireis al raso.

— Soy un hombre de bien, podeis creerme; y en prueba de ello, he aquí mi mano.

— Bueno, amigo mio, pero yo no acostumbro á dar mi mano en la oscuridad de la noche; luego nos veremos las caras y nos conoceremos.

Despues de una media hora de marcha, el rey descubrió al pié de un monte una pequeña casita: la luz penetraba por las grietas de la puerta, y sobre la chimenea se veían volar algunas chispas; era la morada del molinero.

Apeáronse los dos, y al entrar el rey notó un fuerte olor á tocino cocido y se vió casi ciego por el humo: el primer cuidado del molinero fué el de examinar la fisonomía de su compañero.

— Por mi fe, dijo, que tienes una figura que me agrada bastante; ya no me parece tu traza tan ratera como la habia creído; si no disgustas á la molinera, cenarás y dormirás en el molino.

Enrique se habia quitado cortésmente la gorra ó sombrero que llevaba, y estaba de pié con el mayor respeto ante la dueña de la casa, que trabajaba en limpiar un jarro de estaño.

— Es un pobre diablo, dijo por lo bajo el molinero á su mujer, y creo un deber ofrecerle hospitalidad; mirale, casi tiene el aire de un hombre completo; está bien educado, y se ve que sabe respetar á las gentes que valen mas que él.

La mujer tampoco parece que formó mala opinion

de Enrique, porque le dirigió la palabra con mucho agrado.

— Seais bien venido, le dijo, amigo mio; tendreis por cama un haz de paja fresca y dos sábanas nuevas.

— Y por compañero nada ménos que á nuestro hijo Ricardo, añadió el huésped.

— Con tal que esté limpio (y no lleve compañía), dijo la mujer.

— Si la lleva, gritó el robusto Ricardo, no quiero dormir con él.

La figura grotesca de este era tan singular y ridícula, que el rey no pudo contener la risa; pero lejos de incomodarse por ello, los buenos molineros estuvieron con él sumamente amables.

Pusieron sobre la mesa un pedazo de tocino, un *pou-ding* (cocido), un plato de manzanas asadas y algunas botellas de cerveza; el rey, que jamás habia tenido mejor apetito, bebia en el mismo jarro que sus huéspedes: los vasos los usaban en aquel tiempo solamente los ricos.

— ¡A tu salud! dijo el molinero, ¡y á la de todos los hombres, añadió mirando con malicia á su compañera, que se dejan gobernar por sus mujeres!

— Gracias, dijo el rey, yo brindo por Ricardo; estoy seguro que es un buen muchacho.

— No tanto hablar, interrumpió este; bebe aprisa y pásame el jarro.

El molinero estaba cada instante mas jovial y enteramente tranquilo de sus sospechas con respecto al extranjero.

— Mujer, dijo, ¿nada mas tienes que darnos? pienso que si quieres encontrarás todavía en la artesa algun trozo de caza.

La mujer no se hizo de rogar, y puso delante de su marido un pedazo de carne asada que fué bien pronto trinchada.

— Es delicioso, dijo el rey, atracándose en un manjar tan exquisito; ¿y en qué mercado lo venden?

— No somos tan tontos que lo compramos, contestó Ricardo, y sin embargo, lo comemos todos los dias; el mejor mercado es el bosque de Schervood.

— ¡Ah! dijo el rey, ¿seria este ciervo?

— Eres brujo, repuso el molinero en tono burlon: es preciso que vengas del otro mundo para creer que nos falte la caza teniéndola tan cerca: un hombre honrado que se quiere bien, tiene siempre de reserva algun buen trozo de ciervo; pero te prohibo decir nada; no querria por esta friolera ser denunciado al rey, que no se burla en tratán dose de sus derechos de caza.

— Está tranquilo, dijo Enrique; por mi no lo sabrá S. M.

El fin de la cena fué todavía mas alegre que el principio: Enrique despachó algunos jarros de una especie de bebida que se hacia en aquel tiempo mezclando vino y cerveza, y luego marchó á acostarse con Ricardo.

A la mañana siguiente cuando se despidió de sus huéspedes y se preparaba á montar á caballo, algunos señores de su corte llegaron azorados; gozosos de encontrarle doblaron la rodilla y le saludaron con los títulos de señor, majestad, etc.

Imagínese la estupefacción del molinero; el miedo que se apoderó de él le hacia temblar como un azogado; creyó ver que el rey llevaba la mano á la guarnicion de su espada, y cayó en tierra pidiendo gracia como si temiese por su vida.

El rey le tranquilizó amigablemente, le dió un abrazo como pudiera hacerlo con un caballero, y partió á galope con su comitiva.

Aun no habia pasado un mes, cuando un paje llamó á la puerta del molino.

— El rey, dijo, os invita á que vengais los tres á verle en Westminster.

— ¡En Westminster! contestó la mujer; ¿porqué querrá S. M. ver á estas pobres gentes?

— ¡Pardiez! interrumpió Ricardo, que desde la famosa cena no habia dormido tranquilo, se acuerda del ciervo y quiere hacernos colgar.

— Os equivocais, dijo el paje: mi señor os profesa una sincera amistad y os convida á comer.

— ¡Es cierto! exclamó el molinero: muy bien; no es justo que nos hagamos de rogar. Jóven, decid á vuestro amo que aceptamos: y pues nos habeis traído una buena noticia, voy á pagaros como merecis.

Dicho esto, sacó del bolsillo y obligó al paje á admitir dos ó tres monedas de cobre. Este marchó, y el molinero tomó el aire de un hombre de importancia.

— Mujer, hijo mio, es preciso que nos presentemos con decencia delante del rey: ahora no es ocasion de pensar en economías: vamos á ponernos nuestros mejores trajes, y hagamos la entrada en la corte de modo que seamos admirados.

— Tranquilizaos, marido mio, no tendrmos que avergonzarnos.

La buena mujer se apresuró á disponer los vestidos de fiesta, é hizo alguna rectificacion en el jubon y saya encarnada: Ricardo limpió su sombrero y arrancó al gallo la mas bella pluma para hacerse un penacho, enjaezó lo mejor que pudo el burro del molino, poniéndole una manta verde y dos orejas con franja. Tal fué el palafren de la molinera que entró en Westminster escoltada por su marido é hijo.

La corte los recibió con agrado, porque el rey habia prohibido seriamente que nadie se burlase ni insolentase con ellos.

Enrique dió su mano al molinero y á Ricardo, y la bienvenida á la mujer.

— ¿Con qué es cierto que no nos habeis olvidado? dijo Ricardo.

El molinero le reprendió tocándole con el codo.

— ¿Y cómo podia yo olvidar á mi compañero de cama? contestó el rey.

— ¡Oh, oh! añadió Ricardo riéndose desafortadamente: salvo vuestro respeto, señor, no sois buen compañero, y á no ser por algunos golpes...

— ¿Callarás, palurdo? dijo interrumpiéndole el molinero.

Esta conversacion concluyó por la llegada de la reina, que abrazó familiarmente á la molinera: la buena mujer estaba llena de vanidad y mas tiesa que una sota de espadas. La comida vino á coronar dignamente el real obsequio. El molinero bebió sin incomodarse cuanto pusieron en su vaso, vinos extranjeros, cervezas de varias clases, y no habló una palabra hasta haber gustado de todas las botellas y platos.

— Es preciso confesar, mi querida esposa, dijo el molinero, que no tenemos tan buenos vinos en nuestro molino.

— Pero teneis mejores asados, dijo el rey; siento no poder ofrecer os un poco de caza.

— ¡Alto ahí! gritó Ricardo sin dejar de comer; eso es una traicion; prometisteis callar.

— Teneis razon, contestó Enrique, es preciso que el rey no lo sepa. Y preguntó al jóven qué plato le gustaba mas.

— Si he de hablar en conciencia, replicó, ninguno de estos manjares vale tanto como un *pou-ding* negro.

— Es verdad, dijo el rey á su esposa.

— Jamás lo he comido, contestó esta.

— ¿Cómo es eso? exclamó Ricardo, yo traigo uno; y sacándole del fondo de su sombrero lo puso sin cumplimiento sobre la mesa.

Los cortesanos apenas podian contener la risa; la reina se vió obligada á probarlo, y el rey despues de dar á Ricardo las mas expresivas gracias por su galantería, le dijo:

— Mira alrededor de la mesa, y dime cual de todas estas señoritas te gusta mas; te la daré por esposa.

Ricardo miró desdeñosamente á las damas pálidas y poco robustas de la corte, y contestó:

— Salvo el respeto debido, estas señoras podrán ser muy bonitas, pero yo encuentro mejor los encarnados molletes de Jonny Grombell.

Cuando los tres convidados quisieron retirarse, el rey anunció al molinero que le habia nombrado su guarda bosques de Schervood, y añadió:

— Guardaos de robarme la caza, y venid á verme una vez á lo ménos cada tres meses.

J. C. N.

### Un baile de máscaras.

Aunque habia dado orden de que dijese que no estaba en casa para nadie, uno de mis amigos forzó la consigna.

Anunció mi criado á M. Antony R., y percibí, detrás de la librea de José, una punta de la levita negra. Era probable que el que llevaba la levita hubiera visto tambien por su parte un trozo de mi bata: imposible me era ya pues ocultarme. — ¡Muy bien! que entre, dije en voz alta; y por lo bajo anadí: el diablo te lleve.

Cuando se trabaja, solo la mujer á quien se ama puede impunemente interrumpiros, porque siempre es para alguna cosa perteneciente al fondo de lo que estais haciendo.

Iba pues hácia él con ese aspecto medio desagradable de un autor interrumpido en uno de esos momentos en que mas teme serlo, y cuando le vi tan pálido y tan descompuesto, las primeras palabras que le dirigí fueron las siguientes:

— ¿Qué tienes? ¿Qué te ha sucedido?

— ¡Oh! dejame respirar, dijo, voy á decírtelo: por otra parte, quizás sea un sueño, ó tal vez esté loco.

Arrojóse sobre un sillón, y dejó caer la cabeza entre las manos. Le miré con asombro: sus cabellos estaban mojados por la lluvia; sus botas, sus rodillas y la parte baja de su pantalon cubiertos de lodo. Me asomé á la ventana, y ví á la puerta á su criado y su cabriolé: nada comprendia. El advirtió mi sorpresa.

— He estado en el cementerio del Padre Lachaise, dijo.

— ¿A las diez de la mañana?

— A las siete... ¡Maldito baile de máscaras!

Yo no adivinaba qué podia haber de comun entre un baile de máscaras y el cementerio del Padre Lachaise. Tomé pues mi partido, y volviendo la espalda á la chimenea, me puse á envolver un cigarro entre mis dedos con toda la fíema y la paciencia de un español. Cuando el cigarrillo llegó al último grado de perfeccion, lo alargué á Antony, quien sabia yo que ordinariamente era muy agradecido á esta clase de obsequio.

Me hizo un signo de agradecimiento con la cabeza, pero rechazó mi mano.

Me bajé para encender el cigarro por mi propia cuenta. Antony me detuvo.

— Alejandro, me dijo, escuchame, yo te lo suplico. ¡Pero hombre, hace un cuarto de hora que estás aquí, y nada me has dicho!

— ¡Oh! es una aventura muy extraña.

Me volví á levantar, puse mi cigarro sobre la chimenea, y me crucé de brazos como un hombre resignado; comenzaba á creer, como él, que podia muy bien haberse vuelto loco.

— ¿Te acuerdas del baile de la Opera, donde te encontré? me dijo despues de un momento de silencio.

— ¿El último, donde á lo mas habia doscientas personas?

El mismo. Me separé de ti con el objeto de irme al de Variedades, del que se me habia hablado como de una curiosidad en medio de nuestra curiosísima época. Tú quisiste disuadirme; pero una fatalidad me impelia hácia allá. ¡Oh! ¿porqué no has visto tú esta aventura, tú que te dedicás á retratar las costumbres? ¿Porqué no estaban allí Hoffmann ó Callot para pintar el cuadro á la vez fantástico y burlesco que se desarrolló á mis ojos? Acababa de dejar el salon de la Opera vacío y triste, y encontré otro lleno y alegre: corredores, palcos, parterre, todo estaba ocupado. Di una vuelta por el salon: veinte máscaras me llamaron por mi nombre y me dijeron el suyo. Eran notabilidades aristocráticas ó financieras bajo innobles disfraces de paletos, postillones, payasos, ó verduleras. Todos eran jóvenes de nombre, de corazon y de mérito, y allí, olvidando la familia, las artes y la política, renovaban una *soirée* de la Regencia en medio de nuestra época grave et severa. Se me habia dicho, y sin embargo no lo habia creído. Subí algunos escalones, y apoyándome en una columna, medio oculto por ella, fijé los ojos en esa oleada de criaturas humanas que se movia debajo de mi vista. Aquellos dominós de todos colores, aquellos trajes variados y brillantes, aquellos grotescos disfraces formaban un espectáculo que á nada humano se parecia. Principió la música. ¡Oh! entónces... Aquellas extrañas criaturas se agitaron al son de la orquesta, cuya armonía llegaba hasta mí mezclada con los gritos, las risas y los silbidos: se enlazaron las unas á las otras por las manos, por los brazos, por el cuello; formóse un ancho círculo comenzando por un movimiento de rotacion: bailarines y bailarinas, al herir el suelo con los piés, hacian brotar con estrépito un polvo, cuyos átomos hacia visibles la pálida luz de las arañas: girando con creciente ligereza tomaban posturas extravagantes, hacian gestos obscenos, lanzaban gritos llenos de libertinaje, y girando cada vez con mas ligereza arrastrados como hombres embriagados, gritando como mujeres perdidas, con mas delirio que alegría, con mas rabia que placer, parecíanse á una cadena de condenados que cumple bajo el látigo de los demonios una penitencia infernal.

Pasaba esto delante de mis ojos, bajo mis piés: sentia en mi rostro el viento causado por sus movimientos. Cada conocido me lanzaba al pasar una palabra que me ruborizaba. Todo este ruido, todo este murmullo, toda esta confusion, toda esta música estaban en mi cabeza ni mas ni ménos que en el salon. Pronto llegué á no saber ya si lo que tenia delante de mis ojos era sueño ó realidad: llegué á preguntarme si era yo el insensato y ellos los razonables, y sentia extrañas tentaciones de lanzarme en medio de aquel pandemonium, como Fausto á través de la reunion de brujas, y conoia que entónces hubiera yo tambien dado gritos, hecho gestos, tomado posturas, y lanzado carcajadas como ellos. ¡Oh! de allí á la locura no hay mas que un paso. Me quedé asustado y me lancé fuera del salon perseguido hasta la puerta de la calle por gritos semejantes á los rugidos de amor que salen de la caverna de las bestias salvajes.

Me habia detenido un instante bajo el pórtico para recobrar: me queria aventurarme á salir á la calle con tan grande confusion en el espíritu, porque tal vez no hubiera acertado con mi camino; tal vez me hubiera atropellado un carruaje que no habia visto venir.

Estaba como debe estar un hombre embriagado, cuyo cerebro oscurecido comienza á recobrar bastante razon para conocer su estado, y que sintiendo renacer la voluntad, pero aun no el poder, se apoya inmóvil con los ojos fijos y atónitos contra una esquina ó contra un árbol de un paseo público.

En este momento se detuvo un carruaje á la puerta, y bajó, ó mas bien se precipitó de él una mujer que entró bajo el peristilo, volviendo la cabeza á derecha é izquierda como una persona extraviada: vestia un dominó negro, y tenia el rostro cubierto con una máscara de terciopelo. Presentóse en la puerta.

¿Vuestro billete? le dijo el interventor.

— ¿Mi billete? respondió; no le tengo.

— Tomad entónces uno en el despacho.

La mujer del dominó negro volvió al peristilo registrando vivamente todos sus bolsillos.

¿Ningun dinero! exclamó... ¡Ah! esta sortija... dadme un billete de entrada por esta sortija, añadió.

— Imposible, respondió la mujer que distribuia los billetes: no hacemos aquí esos negocios. Y rechazó el brillante, que cayó al suelo, y vino rodando hácia donde yo estaba.

El dominó habia quedado inmóvil, olvidando el anillo y abismado en un pensamiento.

Yo recogí el anillo y se lo presenté, y ví entónces á través del antifaz, que sus ojos se fijaban en los míos. Miróme un instante con cierta vacilacion, y luego pasando de repente su brazo por debajo del mio:

— Es preciso que me introduzcáis, me dijo: ¡por piedad! es preciso.

— Pero, señora, si ya salia, le contesté.

— Dadme entónces seis francos por esta sortija, y me habreis prestado un servicio por el cual os colmaré de bendiciones toda mi vida.

Volví á colocarle el anillo en el dedo: fui al despacho, tomé dos billetes, y en seguida entramos juntos.

Apénas llegamos á la galeria sentí que mi compañera temblaba.

Entónces ella formó con la otra mano una especie de anillo en derredor de mi brazo.

— ¿Os poneis mala? le pregunté.

— No, no, me contestó; esto no es nada; un vahido nada mas: esto es todo.

Y me arrastró al salon.

Entramos pues en aquel alegre Charenton.

Tres vultros dimos por el salon hendiendo con gran trabajo aquellas olas de máscaras que se precipitaban las unas sobre las otras, estremeciéndose ella á cada palabra mala ó buena que oia; ruborizándome yo de que me viesan dando el brazo á una mujer que tenia bastante osadía para oír semejantes palabras; despues nos fuimos á una extremidad del salon. Dejé mi pareja caer sobre un banco, y yo permanecí en pié delante de ella con la mano apoyada sobre el respaldo de su asiento.

— ¡Oh! esto debe pareceros bien extravagante, me dijo; pero no mas que á mí, os lo juro. Yo no tenia idea alguna de todo esto (y miraba el baile), porque ni aun en mis ensueños habia podido ver semejantes cosas. Pero se me ha escrito que él estaria aquí con una mujer: ¿y qué clase de mujer será la que se atreva á venir á semejante lugar?

Yo hice un gesto de asombro que ella comprendió.

— ¿Quereis decir que tambien yo estoy aquí, no es verdad? Pero yo es distinto; yo, es porque le busco, porque soy su mujer; miéntras que la locura y la disolucion son las que aquí lanzan á estas otras personas. ¡Oh! á mí, á mí, son los celos infernales!

Hubiera ido a buscarle adonde quiera, á un cementerio de noche, á la plaza de la Greve en un dia de ejecucion; y sin embargo, os lo juro, de soltera nunca salí á la calle sin mi madre; de casada no he dado un paso fuera de la puerta de mi casa sin que me siguiese un lacayo; y á pesar de todo, vedme aquí como todas estas mujeres que sabian ya el camino; vedme aquí del brazo de un hombre á quien no conozco, ruborizándome bajo mi careta al considerar la opinion que debe formar de mí. Conozco todo esto... ¿Habeis estado celoso alguna vez, caballero?

— Furiosamente, le respondí.

— Entónces, perdonadme, lo sabeis todo. Conoceis esa voz que os grita como al oido de un insensato: ¡Ve! Habeis sentido ese brazo que os impele á la vergüenza y al crimen como el de la fatalidad. Sabeis que en uno de estos momentos es uno capaz de todo con tal que se vengue.

Iba á responderla; pero ella se levantó de repente con los ojos fijos sobre dos dominós que en este momento pasaban por delante de nosotros.

— Callad, dijo, y me arrastró detrás de los dos dominós.

Estaba pues metido en medio de una intriga, de la cual nada comprendia; sentia vibrar todos los hilos de ella, pero ninguno podia conducirme al cabo, y la pobre mujer parecia tan agitada que estaba interesante. Obedecí pues como un niño, tan imperiosa es una pasion verdadera, y nos pusimos á seguir á las dos máscaras, de las cuales una era evidentemente un hombre, y la otra una mujer. Hablaban á media voz, y los sonidos apénas llegaban á nuestros oidos.

— Es él, murmuraba mi pareja, ¡es su voz, sí, sí, es su estatura!

Rióse el mas alto de los dominós, y dijo mi compañera.

— Es su risa, es él, ¡caballero, es él! la carta decia la verdad. ¡Oh Dios mio, Dios mio!

Miéntras tanto las máscaras avanzaban, y nosotros siempre siguiéndolas. Salieron del salon, y nosotros salimos en pos de ellas: tomaron la escalera de los palcos, y nosotros la subimos en su seguimiento; no se detuvieron hasta los últimos: nosotros parecíamos sus dos sombras. Abrióse un pequeño palco enrejado, y entraron: detrás de ellos se cerró la puerta.

La agitacion de la pobre criatura que llevaba asida de mi brazo me asustaba: no podia ver su rostro; pero oprimida contra mí como estaba, sentia latir su corazon, temblar su cuerpo, estremecerse sus miembros. Habia algo de extraño en la manera con que llegaban á mí los inauditos sufrimientos, cuyo espectáculo tenia delante de mis ojos, cuya victima me era enteramente desconocida, y cuya causa completamente ignoraba. Y sin embargo, por nada en el mundo hubiera abandonado á aquella mujer en semejante momento.

Cuando ella vió que las dos máscaras habian entrado en el palco y que el palco se habia cerrado detrás de ellas, habia permanecido un momento inmóvil y como herida de un rayo; despues se habia lanzado contra la puerta para escuchar. Colocada como estaba, el menor movimiento denunciaba su presencia, y la perdia; yo entónces la cogí violentamente de un brazo, abrí el palco contiguo, empujando el resorte, y la arrastré á él conmigo, bajé la reja y cerré la puerta.

— Si quereis escuchar, escuchad al ménos desde aquí.

Dejé caer de rodillas, aplicando el oido al tabique, miéntras yo permanecia en pié al otro lado con los brazos cruzados y la cabeza inclinada y pensativa.

Todo lo que habia podido ver de esta mujer me habia parecido tipo de belleza. La parte inferior de su rostro que no ocultaba su careta era joven, tersa, aterciopelada, redondeada: sus labios eran rojos y finos: sus dientes, que hacia aparecer mas blancos aun el terciopelo que bajaba hasta ellos, eran pequeños, separados y brillantes: su mano era un modelo; su talle po-

dia cogerse entre los dedos; sus cabellos negros, finos y sedosos, se escapaban en profusion de la capucha de su dominó, y el pié de niño, que dejaba ver su traje, parecia que apénas podria sostener aquel cuerpo, á pesar de ser tan ligero, tan gracioso, tan aéreo. ¡Oh! debia ser una criatura maravillosa. ¡Oh! aquel que la hubiera tenido en sus brazos, que hubiera visto todas las facultades de aquella alma empleadas en amarle, que hubiera sentido sobre su corazon esas palpitaciones, esos estremecimientos, esos espasmos nevrálgicos, y que hubiera podido decir: Todo esto, todo esto es amor, y amor por mí, por mí solo entre todos los hombres, por mí, ángel predestinado.... ¡Oh! ¡este hombre... este hombre!...

Hé aquí cuáles eran mis pensamientos, cuando de repente vi á aquella mujer incorporarse, volverse hácia mí, y decirme con voz entrecortada y furiosa:

— Soy bella, caballero, os lo juro: soy joven, tengo diez y nueve años. Hasta este momento he sido pura como el ángel de la creacion... Pues bien... añadió arrojando sus dos brazos á mi cuello... Pues bien... soy vuestra... estoy á vuestra disposicion.

En el mismo instante sentí sus labios oprimir los míos, y la impresion de una mordedura, mas bien que la de un beso, corrió por todo su cuerpo calenturiento y perdido: una nube de fuego pasó por delante de mis ojos.

Diez minutos despues la tenia entre mis brazos, trastornada, medio muerta y sollozando.

Volvió en sí lentamente, y distinguí al través de su careta sus ojos huraños; ví la parte inferior de su rostro pálida; oí chocar sus dientes unos con otros como en el calofrio de la fiebre. Aun hoy veo todo esto.

Recordó lo que acababa de pasar, y cayó á mis piés.

— Si tenéis alguna compasion, me dijo sollozando, si tenéis alguna piedad, separad la vista de mí, no pretendais nunca conocerme; dejadme marchar y olvidado todo: ¡yo me acordaré por los dos!...

Dijo, y se levantó rápida como un pensamiento que se nos escapa; se lanzó contra la puerta, la abrió, y volviéndose aun otra vez hácia mí: No me sigais, caballero, dijo, en nombre del cielo no me sigais.

Empujada la puerta violentamente, se cerró entre ella y yo, robándola á mi vista como una aparicion. No la he vuelto á ver.

¡No la he vuelto á ver! Y despues, en los diez meses que han transcurrido, la he buscado por todas partes, en los bailes, en los espectáculos, en los paseos. Siempre que veía á lo lejos una mujer de talle fino y flexible, pié de niño y cabellos negros, la seguia, me aproximaba á ella, la miraba de frente con la esperanza de que su rubor la hiciese traicion. Pero nada... En ningun sitio la he vuelto á encontrar; en ninguna parte la he vuelto á ver, mas que en mis noches y en mis sueños. ¡Oh! allí, allí la veía volver, allí la sentia, sentia sus abrazos, sus mordeduras, sus caricias tan ardientes, que tenian algo de infernal! Despues veia caer la careta y aparecer el semblante mas extraño, ora confuso como cubierto de una nube, ora brillante como circundado de una aureola, ora pálido, con un cráneo blanco y desnudo, sin ojos en las órbitas vacías, con dientes vacilantes y raros. En fin, desde aquella noche no he vivido: abrasado por un amor insensato hácia una mujer á quien no conoia, esperando siempre, y siempre burlado en mis esperanzas, celoso sin tener derecho á estarlo, sin saber de quién, sin atreverme á confesar semejante locura, y sin embargo perseguido, minado, consumido, devorado por ella.

Al concluir estas palabras sacó una carta del pecho. Ahora que te lo he referido todo, me dijo, toma esa carta y léela.

Toméla pues, y leí:

«Habeis tal vez olvidado á una pobre mujer que nada ha olvidado, y que muere por no poder olvidar. ¡Cuando recibais esta carta ya no existirá! Id entónces al cementerio del padre Lachaise; decid al conserje que os permita ver entre las tumbas recientes la que tiene sobre su losa funeraria el sencillo nombre de Maria, y cuando esteis delante de ella, arrodillaos y orad.

— ¡Pues bien! continuó Antony: he recibido esta carta ayer, y he estado en el cementerio esta mañana. Condujeme el conserje á la tumba, y he permanecido allí dos horas de rodillas orando y llorando. ¿Comprendes? Allí estaba ella... El alma ardiente habia volado: el cuerpo animado por ella se habia plegado hasta romperse bajo el peso de los celos y los remordimientos: ella estaba allí bajo mis piés, y habia vivido y muerto desconocida para mí; ¡desconocida!... y ocupando en mi vida un lugar como lo ocupa en la tumba; ¡desconocida! y encerrándome en el corazon un cadáver frio é inanimado como se encerraba en el sepulcro. ¡Oh! ¿Conoces cosa alguna semejante? ¿Tienes noticia de algun acontecimiento tan extraño? Así que, ahora, adios esperanza, jamás volveré á verla. Abriré su fosa; pero ¡ay! no encontraré las facciones con que pueda recomponer su semblante; ¡y sin embargo la amo! ¡sí, la amo siempre! ¿Comprendes Alejandro? La amo como un insensato; y me mataria al instante para reunirle á ella, si no supiese que ha de ser para mí tan desconocida en la eternidad como lo ha sido en este mundo.

Dijo, y me arrancó la carta de las manos, la besó repetidas veces, y se puso á llorar como un niño. Le tomé en mis brazos, y no sabiendo qué responderle lloré con él.

**Reloj que indica las horas en las principales ciudades del globo, con relacion al meridiano de Paris.**

Existe en Munster un reloj cuyo dibujo damos sustituyendo la muestra de Paris á la de Munster en el centro de la figura. El problema resuelto es el siguiente: *Sabiendo la hora que es en Paris ¿qué hora es en San Petersburgo, Madrid, Méjico, etc?*

Vamos á dar los dos métodos que se emplean con mas frecuencia para responder á esta pregunta. Uno de ellos es enteramente mecánico y de una ejecucion fácil, pero el acierto de los resultados depende de la perfeccion del instrumento. Así pues aconsejamos que cuantas veces se quiera obtener una cifra positiva, se recurra al segundo método, que es tambien muy sencillo y que solo exige el conocimiento de las cuatro reglas.

En esta nota nos hemos limitado á dar los medios de resolver el problema, sin entrar en consideraciones que, aunque interesantes, habrian podido arrastrarnos demasiado lejos. En cuanto á los pormenores, el lector puede consultar los tratados de geografia.

Para reconocer la hora que deben marcar los relojes de los diferentes países indicados sobre la figura, cuando son las doce del dia en Paris, es preciso que cada uno de esos relojes se halle arreglado del mismo modo, esto es, que la hora de las doce sea para todos el momento en que el sol pasa por el meridiano en cada uno de esos puntos del globo, ó lo que es lo mismo, los instantes en que pasa en el plano del meridiano de Paris contados desde el momento en que son las doce en Paris. De este modo la figura representa las horas en que cada país indicado sobre la muestra, debe pasar en el meridiano de Paris, á contar desde el momento en que Paris pasa tambien por el meridiano.

Teniendo una esfera á su disposicion, para conocer

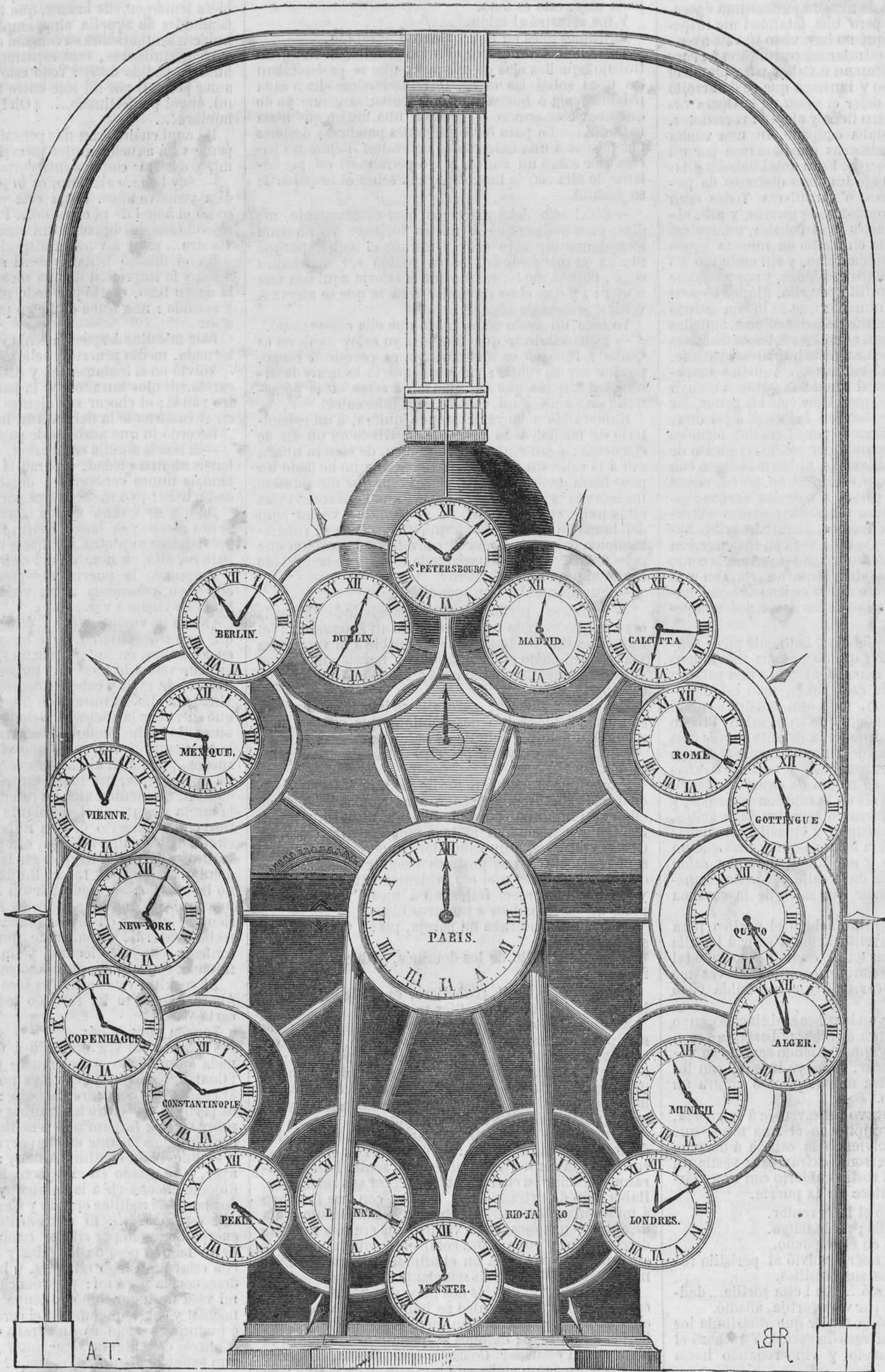
la hora que se cuenta en un país cuando son las doce en otro, basta colocar este último bajo el meridiano, y fijando sobre las doce en la aguja de la muestra que rodea el polo, y despues haciendo volver el globo hasta que el lugar cuya hora se quiere saber haya llegado bajo el meridiano, la aguja marca entónces en la muestra la hora que se desea; será de la tarde si se ha hecho volver el globo al oriente, y de la mañana en el caso contrario.

Cuando no hay esfera, es imposible contar sobre la exactitud, sobre todo cuando se trata de fracciones tan pequeñas como minutos; entónces hay que buscar la longitud del punto del globo á contar de Paris, y se obtiene la hora mediante un cálculo muy sencillo.

La tierra se halla dividida en 360 grados. Como la revolucion de la tierra se efectúa en 24 horas, cada grado se recorre en 4 minutos.  $\frac{1440}{360}$

Así pues, para saber la hora de un punto cualquiera del globo cuando son las doce en Paris, basta conocer la longitud de este punto tomada con relacion al meridiano de Paris y multiplicar esta longitud por 4; luego se añade ó se disminuye el producto, segun se halla situado el punto del globo de que se trata, al Este ó al Oeste del meridiano de Paris, esto es, cuantas veces es mas grande ó mas pequeño que 180 grados.

Este medio es muy sencillo, y con un diccionario de Geografia se pueden calcular las horas comparativas de todos los puntos del globo. En la tabla que unimos á esta explicacion, los grados son longitudes, la letra que sigue indica si es Este ú Oeste; va seguida de la señal — ó × segun hay que añadir ó disminuir. La diferencia es la que existe entre la hora del meridiano de Paris y la del país indicado; y por último, la hora, objeto de los cálculos.



Ciudades.	Grados.	Diferencias.	Horas.	Ciudades.	Grados.	Diferencias.	Horas.	Ciudades.	Grados.	Diferencias.	Horas.
Paris . . . . .	0	"	12	Argel . . . . .	44	" E —	3 11 57	Copenhague . . . . .	10	14 E —	41 11 49
San Petersburgo . . . . .	27	58 E —	4 51 10 8	Munich . . . . .	9	14 E —	37 11 23	Nueva York . . . . .	76	18 O +	5 5 5 5
Madrid . . . . .	5	53 O +	0 22 12 22	Londres . . . . .	2	26 O +	10 12 10	Viena . . . . .	14	2 E —	56 11 4
Calcuta . . . . .	86	8 E —	5 44 6 16	Rio Janeiro . . . . .	43	5 O +	3 3 "	Méjico . . . . .	101	25 O +	6 46 6 46
Roma . . . . .	10	7 E —	0 40 11 20	Munster . . . . .	5	16 E —	21 11 39	Berlin . . . . .	11	22 E —	44 11 16
Gottingue . . . . .	8	33 E —	0 30 11 30	Pekin . . . . .	114	7 O +	7 36 4 24	Dublin . . . . .	8	39 O +	35 12 35
Quito . . . . .	81	5 O +	5 24 5 24	Constantinopla . . . . .	26	35 E —	1 46 10 14				